

Heinrich Böll

El honor perdido
de Katharina Blum



Lectulandia

Escrita en 1974, dos años después de haber recibido su autor el Premio Nobel de Literatura, y llevada a la pantalla por Schlöndorff, *El honor perdido de Katharina Blum* es una novela que no ha perdido en nada la actualidad que en su momento la convirtió en un éxito espectacular: ese mismo año se vendieron doscientos mil ejemplares, siendo traducida en poco tiempo a dieciocho lenguas distintas. En ella, el escritor alemán Heinrich Böll, nacido en Colonia en 1917 y fallecido en 1985, muestra las consecuencias que los manejos y el eco de la prensa sensacionalista pueden tener en la vida del individuo. Katharina, acosada por un público ávido de sensaciones y dispuesto a creerse cualquier titular, cuanto más truculento mejor, llega hasta el extremo de cometer un crimen con impresionante sangre fría. Mentiras, difamaciones y calumnias se extienden en un caso como éste con mucha mayor facilidad que la verdad.

Lectulandia

Heinrich Böll

El honor perdido de Katharina Blum

ePub r1.0

karpanta 29.11.13

Título original: *Die verlorene ehre der Katharina Blum*

Heinrich Böll, 1974

Traducción: Helene Katendhal

Editor digital: karpanta

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Las personas que se citan y los hechos que se relatan son producto de la fantasía del autor. Si ciertos procedimientos periodísticos recuerdan los del «Bild-Zeitung», el paralelismo no es intencionado ni casual, sino inevitable.

Prólogo

Berta Vías Mahou

Escrita en 1974, dos años después de haber recibido su autor el Premio Nobel de Literatura, y llevada a la pantalla por Schlöndorff, *El honor perdido de Katharina Blum* es una novela que no ha perdido en nada la actualidad que en su momento la convirtió en un éxito espectacular: ese mismo año se vendieron doscientos mil ejemplares, siendo traducida en poco tiempo a dieciocho lenguas distintas. En ella, el escritor alemán Heinrich Böll, nacido en Colonia en 1917 y fallecido en 1985, muestra las consecuencias que los manejos y el eco de la prensa sensacionalista pueden tener en la vida del individuo. Katharina, acosada por un público ávido de sensaciones y dispuesto a creerse cualquier titular, cuanto más truculento mejor, llega hasta el extremo de cometer un crimen con impresionante sangre fría. La protagonista, cuya historia está basada en un hecho real, tiene la seguridad moral de otra de las inolvidables heroínas de este autor, la Leni de *Retrato de grupo con señora* (1971), y no parece sentir ningún remordimiento después de haber disparado contra el periodista gráfico que, recurriendo a la manipulación, no dudó un solo momento en destrozar su vida privada. Mientras, difamaciones y calumnias se extienden en un caso como éste con mucha mayor facilidad que la verdad.

Ingenua, algo romántica e inteligente, Katharina Blum es tan extremadamente sensible en relación con el sexo, que casi roza la mojigatería. Y, sin embargo, es una de esas raras mujeres que, como Leni Gruyten, son capaces de amar a un hombre más allá de las convenciones sociales. Ambas se entregan con la mayor espontaneidad. Mientras Leni se enamora en plena segunda guerra mundial de un prisionero soviético, personificación absoluta del mal en las mentes más perversas e ingenuas de la Alemania del momento, Katharina lo hace de un fugitivo de la justicia, sospechoso sin prueba alguna de ser un terrorista. Y la sociedad, como es de esperar, le hace pagar por ello. Silenciosa y discreta como Leni, Katharina tiene también el valor de regirse por su propio código moral, un código que se funda en unas normas propias, no escritas, ni heredadas. Posee además dos cualidades mortales: la lealtad y el orgullo, esa integridad tan difícil de encontrar, que puede resultar extremadamente peligrosa por ser tan pocos los seres humanos que la poseen o que siquiera saben valorarla. Katharina, como Leni, vive en éste y a su vez en otro mundo, ignorado por los demás, inaccesible para la mayoría. Las mujeres de Böll, como las de Robert Musil, otro de los grandes narradores contemporáneos en lengua alemana, están siempre en la frontera de ese otro mundo. Son mujeres atemporales, además de completamente atípicas.

«Pasan demasiadas cosas en primer plano, pero no sabemos nada de lo que ocurre

en un segundo plano», afirma el narrador. Y es precisamente todo aquello que ocurre en segundo plano lo que tiene mayor importancia, lo que en definitiva conforma nuestra verdadera existencia, no la imagen oficial que se emite cara al exterior. Para su desgracia, Katharina se convierte por pura casualidad, al asistir a una fiesta de carnaval, en el punto de mira de buena parte de la sociedad. Una de las mayores desgracias para un ser discreto y sensible como ella.

Para la construcción de esta dramática historia, narrada con el estilo de un atestado policial en forma de cincuenta y ocho breves testimonios, con lo que el autor ha pretendido sin duda concederle mayor verosimilitud, además de la debida distancia, Böll emplea a menudo recursos cinematográficos, como el *flashback*, que rompen con esa estructura aparentemente rígida, que sin embargo recuerda uno de los más emocionantes relatos de todos los tiempos: *La marquesa de Ô*, de Heinrich von Kleist. La alternancia entre la ironía que el autor reserva para la sociedad y la tierna simpatía que muestra hacia la protagonista y sus amigos logra aligerar la sensación que a menudo embarga al lector de hallarse ante un documento oficial.

Heinrich Böll, la figura más emblemática de la literatura alemana de posguerra, una literatura inconformista y crítica desde el punto de vista social, y uno de los escritores más leídos dentro y fuera de su país, se identificó siempre con los oprimidos. En este caso, con las víctimas de la llamada libertad de expresión. La tensión narrativa va creciendo en esta novela a medida que se desvelan los primitivos y a veces hasta crueles métodos con los que la prensa amarilla tergiversa impunemente los hechos, destruyendo con ello «la salud, el honor y el buen nombre de personas inocentes», que se convierten así en meros objetos de interés público. Un libro que todo el mundo debería leer para saber hasta qué punto se han de recibir con prudencia las noticias difundidas a través de cualquier medio de comunicación.

1

El informe que sigue se basa en algunas fuentes secundarias y en tres principales, que se nombran al principio una vez, pero que más tarde no se vuelven a mencionar. Las fuentes principales son atestados policíacos, el abogado doctor Hubert Blorna y el fiscal Peter Hach, compañero de estudios del anterior, quien —de manera confidencial, se entiende— completó el sumario, añadiendo ciertas actuaciones de la autoridad y los resultados de diversas pesquisas. Huelga subrayar que este trabajo tuvo carácter extraoficial, y que sus conclusiones se destinaron exclusivamente a uso privado, porque al fiscal le llegaba al alma el disgusto de su amigo Blorna. Este no encontraba una explicación para todo lo ocurrido y, a pesar de ello, «si lo analizaba bien, no le parecía inexplicable, sino más bien lógico». El caso de Katharina Blum, en vista de la actitud de la acusada y de la difícil posición de su defensor, doctor Blorna, aparecerá, de todos modos, más o menos ficticio, y ciertas pequeñas incorrecciones, como las que cometió Hach, resultan comprensibles e incluso disculpables. No hace falta mencionar aquí las fuentes secundarias, unas de mayor y otras de menor importancia, ya que el mismo informe demostrará sus vínculos, enredos y confusiones, y pondrá de manifiesto la consternación que produjeron.

2

Si el informe —pues aquí se habla tanto de fuentes— resulta a veces «fluido», se ruega que lo disculpen: era inevitable. Los términos «fuentes» y «fluir» no parecen compatibles con el concepto de *composición literaria*; les convendría mejor el de *conducción*. Esto debería comprenderlo todo aquel que alguna vez, siendo niño (o incluso ya mayor), haya jugado en, al lado de y *con* unos charcos, uniéndolos mediante pequeños canales, vaciándolos y desviándolos hasta *conducir*, finalmente, toda el agua hacia un canal colector, para desviarla a un nivel inferior o tal vez, incluso, para encauzarla debidamente, de forma oficial y regular, hacia un desagüe o un canal construido por las autoridades. Es decir, se procede a una especie de drenaje que constituye un verdadero proceso de ordenación. De modo que si cuanto aquí se narra parece en ocasiones fluido, gracias a las diferencias de nivel y a su igualación, se solicita indulgencia, pues también se producen atascos, embotellamientos y obstrucciones, y tampoco faltan los canales que no conducen a ninguna parte, las fuentes inaccesibles, las corrientes subterráneas, etc., etc.

3

Los hechos que, tal vez, deberían conocerse en primer lugar son brutales: el miércoles 20 de febrero de 1974, en vísperas de las fiestas de carnaval, una mujer joven, de veintisiete años, abandona su piso, en una ciudad, alrededor de las 18.45 para acudir a un baile particular. Cuatro días después, tras unos sucesos dramáticos —realmente hay que llamarlos así (remitimos a las necesarias diferencias de nivel, sin las cuales no es posible el flujo)—, la noche del domingo, casi a la misma hora —más exactamente a las 19.04— llama a la puerta de la vivienda del comisario superior de policía criminal, Walter Moeding. Este, no por motivos privados, sino oficiales, luce un disfraz de jeque. La mujer declara al asustado Moeding que ella misma, a las 12.15 del mediodía y en su piso, ha matado de un disparo al periodista Werner Tötges, y ruega al comisario que envíe a alguien allí a «buscarle». Entre las 12.15 y las 19.00 ella estuvo deambulando por la ciudad en busca de su arrepentimiento, pero no lo encontró. Ruega además a Moeding que la detenga, ya que desea estar donde se halla también su «querido Ludwig».

Moeding, que conoce a la joven por diferentes interrogatorios y que siente por ella cierta simpatía, no duda ni por un momento de la veracidad de sus declaraciones. La acompaña en su coche particular a la jefatura, informa a su superior, el comisario general de la policía criminal, Beizmenne, interna a la joven en una celda y, un cuarto de hora después, llega, junto con Beizmenne, ante la puerta del piso de la mujer. Un especialista abre la puerta y hallan la confirmación a las declaraciones de la joven.

No deseamos entrar en pormenores sangrientos, y nos limitamos a considerar las diferencias de nivel *necesarias*. Por eso remitimos al lector a la televisión y a las películas del género. Si aquí ha de fluir algo no será sangre. Pero tal vez convendría llamar simplemente la atención sobre ciertos efectos de color: Tötges, que muere de un disparo, iba disfrazado de jeque; el disfraz se había confeccionado con una sábana usada, y todos sabemos lo espectacular que resulta la sangre en cantidad sobre un fondo blanco. En semejantes condiciones, una pistola se convierte necesariamente en un inyector de chorro, y como en el caso del disfraz se trata de *tela*, surge con más facilidad la idea de pintura moderna y de escenografía que la de drenaje. Bien; éstos son los hechos.

4

Durante bastante tiempo se consideró probable que también hubiera sido víctima de la Blum el periodista Adolf Schöner, al cual se encontró muerto de un disparo el miércoles de ceniza, en un bosquecillo al oeste de la alegre ciudad. Pero, más tarde, cuando se logró reconstruir los hechos por orden cronológico, aquello resultó inexacto. Un taxista declaró haber conducido hasta el bosquecillo a Schöner, que también iba disfrazado de jeque, en compañía de una joven vestida de andaluza. Tötges murió el domingo al mediodía, y Schöner el martes a la misma hora. A pesar de que pronto se dieron cuenta de que el arma hallada junto a Tötges de ninguna manera podía ser la misma que sirvió para dar muerte a Schöner, se sospechó durante unas horas de la Blum, a causa de los motivos. Si ella los tuvo para vengarse de Tötges, tampoco le faltaban para desquitarse de Schöner. Por otra parte, a las autoridades que investigaron el caso les parecía poco probable que la Blum tuviera dos armas. Katharina consumó su sangriento crimen con toda frialdad. Cuando le preguntaron si había matado a Schöner, dio una contestación siniestra disfrazada de pregunta:

—Sí. ¿Por qué no también a él?

Pero luego renunciaron a imputarle ese segundo asesinato, sobre todo porque su coartada era prácticamente perfecta. Ninguna de las personas que conocía a Katharina Blum o que, en el transcurso de los interrogatorios, llegó a conocer su carácter, dudaba que ella, en el caso de haber asesinado a Schöner, lo hubiera reconocido sin rodeos. El taxista que condujo a la pareja al bosquecillo («Yo lo llamaría más bien matorral cubierto de maleza»), desde luego que no reconoció a la Blum en unas fotografías.

—¡Dios mío! —exclamó—. Chicas así, jóvenes y guapas, de cabello castaño, entre 1,63 y 1,68, delgadas y entre veinticuatro y veintisiete años, se ven centenares de miles durante el carnaval.

En el piso de Schöner no se encontraron huellas de la Blum ni tampoco indicio alguno de la andaluza. Los colegas y conocidos de Schöner sólo sabían que el martes, hacia el mediodía, salió de un bar donde suelen reunirse los periodistas «con ciertas chicas alegres».

5

Un miembro destacado de la comisión del carnaval, comerciante en vinos y espumosos, que podía vanagloriarse de haber resucitado el buen humor, se mostró aliviado porque los crímenes no llegaron a conocerse antes del lunes el uno y antes del miércoles el otro.

—Esto sucede al principio de los días alegres, y ¡adiós ambiente y adiós negocio! Si se descubre que se abusa de los disfraces para cometer crímenes, nadie tiene ganas de celebrar el carnaval. ¡Un auténtico sacrilegio! El alborozo y la alegría necesitan basarse en la confianza.

6

La reacción del PERIÓDICO después de conocerse los asesinatos de sus reporteros fue bastante extraña, y dio lugar a una excitación anormal. Grandes titulares. Ediciones especiales. Necrologías de dimensiones exageradas, como si —en un mundo en el que se disparan tantos tiros— el asesinato de un periodista fuese algo «excepcional, más importante, por ejemplo, que el de un director, un empleado o un atracador de banco».

Conviene subrayar la desmedida atención de la prensa, porque no sólo el PERIÓDICO, sino también otros periódicos trataron aquellos crímenes como algo particularmente grave, horrible y casi solemne; como si de asesinatos rituales se tratara. Incluso se habló de «víctima de su profesión» y, por supuesto, el PERIÓDICO siguió aferrado a la versión de que Schönner también murió a manos de la Blum. Si es preciso admitir que, de no haber sido periodista (sino, por ejemplo, zapatero o panadero), Tötges probablemente no hubiera muerto de un disparo, acaso fuera: más apropiado hablar de una muerte condicionada por la profesión. Todavía queda por aclarar qué razones movieron a una persona tan inteligente y al borde de la indiferencia «como la Blum», no sólo a planear el asesinato sino a llevarlo a cabo, y por qué, en el momento elegido por ella misma, echó mano de la pistola y la hizo funcionar.

Desde este nivel extremadamente bajo, apresurémonos a ascender otra vez a estratos superiores. Olvidemos la sangre. Olvidemos la excitación de la prensa. Mientras tanto, el piso de Katharina Blum se limpió, las alfombras que ya no servían se las llevaron los basureros, y los muebles quedaron en orden, todo ello por cuenta y disposición del doctor Blorna, quien pidió autorización a su amigo Hach. Este aún no sabe con seguridad si Blorna va a ser el administrador de los bienes de la acusada. Katharina Blum ha invertido, en el transcurso de cinco años, setenta mil marcos en un piso de propiedad, cuyo valor total asciende a cien mil; o sea, que «la herencia merece la pena», según su hermano, que actualmente cumple una insignificante condena de reclusión. Pero ¿quién se hará cargo de los intereses y la amortización de los treinta mil marcos que faltan?

Aunque haya de calcularse una considerable plusvalía, no sólo quedan activos, sino pasivos.

Tötges ya ha sido enterrado (con una pompa inadecuada, en opinión de algunos). Es curioso que a la muerte y al entierro de Schönner no se les haya dedicado tanta publicidad y atención. ¿Por qué será? ¿Porque no fue «víctima de su profesión», sino, probablemente, de un drama pasional? El disfraz de jeque se encuentra en los archivos, como también la pistola (un modelo 08), cuya procedencia sólo conoce Blorna. En cambio, han resultado inútiles los esfuerzos de la policía y del fiscal por averiguarlo.

Las investigaciones sobre las actividades de la Blum durante los cuatro días en cuestión, se desarrollaron satisfactoriamente al principio, pero quedaban interrumpidas al intentar esclarecer lo sucedido el domingo.

El mismo Blorna abonó a Katharina Blum la tarde del miércoles dos pagas completas de 2280 marcos cada una, correspondientes a aquella semana y a la siguiente, pues él salía de vacaciones de invierno con su mujer la misma tarde del miércoles. Katharina prometió e incluso juró a los Blorna que por una vez también iba a rehacer vacaciones, y que se iba a divertir durante las fiestas de: carnaval en lugar de trabajar como en años anteriores. Les comunicó alegremente que aquella noche estaba invitada a una pequeña fiesta particular en casa de su madrina, mi amiga y confidente, Elsa Woltersheim, y añadió que se sentía muy contenta porque desde mucho tiempo atrás no tenía ocasión de bailar. A esto la señora Blorna le repuso:

—Querida Katharina, cuando volvamos daremos una fiesta y podrás bailar de nuevo.

Desde que habitaba en la ciudad, y de eso hacía cinco o seis años, Katharina se había quejado repetidas veces de la falta de posibilidades «de poder bailar, sin más». Contaba a los Blorna que había locales donde, prácticamente, se encontraban sólo estudiantes acomplejados en busca de una prostituta gratuita; y que también existían el establecimiento de tipo bohemio, que le disgustaba, y las grandes salas de baile, que detestaba.

Fue fácil averiguar que el miércoles por la tarde Katharina aún había trabajado dos horas en casa del matrimonio Hiepertz, donde ayudaba en «ocasiones si se lo pedían». Como los Hiepertz también se marcharon de la ciudad durante los días de carnaval para ir a casa de su hija, en Lemgo, Katharina condujo a este matrimonio de edad en su Volkswagen hasta la estación. A pesar de la gran dificultad para aparcar, insistió en acompañarles hasta el mismo andén y llevarles su equipaje. («No, por dinero, no; a cambio de estas atenciones no le podíamos ofrecer nada, pues se hubiera molestado mucho», comentó la señora Hiepertz). Se pudo comprobar que el tren salió a las 17.30. Si concedemos a Katharina cinco o diez minutos para encontrar su coche en medio del barullo del carnaval, que se iniciaba a aquella hora, otros veinte o veinticinco minutos para llegar a su piso, situado en una zona residencial de las afueras de la ciudad, adonde no pudo llegar antes de las 18.00 o 18.15, no quedaba ni un minuto por cubrir, si le concedemos, como es de justicia, que debió lavarse, cambiarse y comer algo, puesto que alrededor de las 19.25 se presentó en la fiesta de la señora Woltersheim, no en su coche sino en tranvía. No iba disfrazada de beduina ni de andaluza; llevaba un clavel rojo en el pelo y medias y zapatos también rojos. Vestía una blusa de cuello alto, de seda natural, de color miel, y una falda de *tweed*

del mismo tono. Puede parecer indiferente que Katharina llegara en coche o en tranvía a la fiesta, pero es preciso mencionarlo, porque en el transcurso de las investigaciones este detalle tuvo considerable importancia.

9

A partir del momento en que entró en el piso de la señora Woltersheim, las investigaciones resultaron más fáciles, porque Katharina, desde las 19.25, se encontraba, sin saberlo, bajo vigilancia de la policía. Durante toda la noche, de 19.30 a 22.00, antes de abandonar la fiesta en su compañía, bailó «exclusiva y entrañablemente» —así lo declaró ella misma más tarde— con un tal Ludwig Götten.

10

Debe hacerse constar el agradecimiento al fiscal Peter Hach, pues a él se debe la información, que linda con el chisme jurídico, de que el comisario de la policía criminal Erwin Beizmenne, desde el momento en que la Blum abandonó con Götten el piso de la Woltersheim ordenó intervenir los teléfonos de ésta y de la Blum, extremo que merece un comentario. Beizmenne llamaba en estos casos a su superior y le decía:

—Otra vez necesito un espía. Ahora para dos teléfonos.

11

Evidentemente, Götten no llamó desde la vivienda de Katharina. Por lo menos, a Hach no le constaba. Es seguro que el piso de Katharina estaba bien vigilado, y cuando, a las 10.30 de la mañana del jueves, no se había llamado por teléfono ni Götten había abandonado el piso, Beizmenne empezó a perder la paciencia y los nervios, y penetró con ocho funcionarios armados hasta los dientes. Puede afirmarse que lo asaltaron, observando las máximas medidas de prudencia, y que lo registraron. Pero ya no se encontraron a Götten, sino tan sólo a Katharina, que daba la impresión de «estar completamente relajada y casi feliz». En aquel momento, se encontraba en la cocina bebiendo una gran taza de café y comiendo una rebanada de pan con mantequilla y miel. Resultó sospechosa porque no parecía sorprendida, sino tranquila, «si no triunfante». Vestía un albornoz de color verde bordado de margaritas, encima de su piel desnuda, y cuando el comisario Beizmenne le preguntó («con brusquedad» como explicó ella más tarde) dónde estaba Götten, la interrogada respondió que ignoraba cuándo se había marchado. Se despertó alrededor de las 9.30 y él ya no estaba.

—¿Se fue sin despedirse?

—Sí.

12

En este punto deberíamos considerar cierta pregunta muy discutida de Beizmenne, que, en una ocasión, fue comentada por Hach. Este la desmintió luego, la repitió y la desmintió de nuevo. Blorna entiende que la pregunta es importante, pues si realmente se formuló, en este punto y sólo en él debió de empezar la amargura, confusión y cólera de Katharina. Dado que Blorna y su esposa describen a Katharina como extremadamente sensible, casi mojigata en cuestiones sexuales, hay que considerar la *posibilidad* de que Beizmenne —furioso hasta el paroxismo por la desaparición de Götten, a quien estaba seguro de encontrar— formulara la discutida pregunta. *Parece*, pues, que Beizmenne inquirió a Katharina, que se apoyaba con provocativa indiferencia en el armario de la cocina:

—Pero habéis hecho el amor, ¿eh?

Después de esto, Katharina se sonrojó, pero contestó en un tono entre triunfal y orgulloso:

—No, yo no lo llamaría así.

Desde luego, se puede suponer que si Beizmenne *realmente* formuló la pregunta, a partir de aquel momento no pudo existir ninguna confianza entre él y Katharina. El hecho de que no se llegara a esta relación de confianza entre ambos —a pesar de que Beizmenne, de quien se dice «que no es de los peores», lo intentó, según se ha podido comprobar—, no se debe tomar, sin embargo, como muestra definitiva de que realmente formuló la ominosa pregunta. Por ejemplo, Hach, que presencié el registro domiciliario, tiene entre sus amigos y conocidos fama de padecer «complejos sexuales», y cabría la posibilidad de que a él se le ocurriera la grosera idea cuando vio a la Blum, en extremo atractiva, apoyada de manera tan indiferente en el armario, y le hubiera gustado hacer la pregunta o acaso efectuar el mismo acto objeto de tan grosera interrogación.

13

Luego registraron el piso a fondo, y confiscaron algunos objetos, sobre todo escritos. Katharina se podía vestir en el cuarto de baño en presencia de la funcionaria Pletzer. Pero no podía cerrar del todo la puerta, que dos agentes armados no dejaron de vigilar. Permitieron a Katharina llevarse su bolso con lo necesario para pasar la noche —objetos de aseo y lectura—, ya que no cabía excluir la posibilidad de una detención. Su biblioteca se componía de cuatro novelas de amor, tres policíacas, una biografía de Napoleón y otra de la reina Cristina de Suecia. Todos estos libros procedían de un club de lectores. Katharina preguntaba constantemente:

—Pero ¿por qué, por qué todo esto, qué he hecho?

La funcionaria Pletzer le informó al fin, cortésmente, de que Ludwig Götten era un bandido a punto de ser declarado culpable del atraco de un banco, y sospechoso de asesinato y de otros crímenes más.

14

Cuando, finalmente, alrededor de las 10.15, condujeron a Katharina Blum desde su piso a la comisaría, con objeto de proceder al interrogatorio, en el último momento renunciaron a ponerle las esposas. Beizmenne quiso insistir para que se las colocaran, pero, después de un breve diálogo con la funcionaria Pletzer y su asistente Moeding, se dejó convencer. Debido al carnaval, que comenzaba aquel día, numerosos vecinos de la casa no habían acudido al trabajo y aún no habían salido para presenciar las cabalgatas y fiestas que, a semejanza de las saturnales, se celebran todos los años. De modo que, aproximadamente, tres docenas de habitantes del edificio de apartamentos de diez pisos, se congregaban en el vestíbulo, vistiendo abrigos, batas y albornoces. El fotógrafo de prensa Schönner se encontraba a pocos pasos del ascensor cuando salía de éste Katharina Blum, entre Beizmenne y Moeding, y escoltada por funcionarios armados. La fotografiaron varias veces por todos los lados, y al final la retrataron despeinada y con una expresión poco amable. Ella intentó repetidas veces esconder la cara, que reflejaba vergüenza y confusión, y así se hizo un lío con el bolso, el neceser y una bolsa de plástico en la que llevaba los libros y los utensilios para escribir.

Media hora después de que le dieran a conocer cuáles eran sus derechos y le permitieran arreglarse un poco, empezó el interrogatorio en presencia de Beizmenne, Moeding, la señora Pletzer y los fiscales doctores Korten y Hach. El atestado decía: «Mi nombre es Katharina Blum de Brettloh. Nací el 2 de marzo de 1947 en Gemmelsbroich, en la provincia de Kuir. Mi padre era el minero Peter Blum. Murió a la edad de treinta y siete años, cuando yo tenía seis, de una lesión pulmonar contraída en la guerra. Finalizada ésta, mi padre volvió a trabajar en una mina de pizarra, y es probable que padeciera, además, de silicosis. Después de su muerte, mi madre tuvo dificultades con la viudedad, pues la caja de previsión y la cooperativa de mineros no llegaron a un acuerdo. Ya de muy joven tuve que hacer el trabajo de la casa porque mi padre estaba a menudo enfermo, y por eso ganaba menos. Mi madre era asistenta en varios domicilios. En la escuela no tuve dificultades, a pesar de que no sólo trabajaba en mi casa, sino también en las de unos vecinos y de otros habitantes del pueblo. Les ayudaba en las faenas de hornear, guisar y hacer conservas, así como en la matanza. Además, efectuaba otras labores domésticas y ayudaba en la cosecha. Gracias a mi madrina, la señora Else Woltersheim, de Kuir, después de acabar mis estudios, en el año 1961, logré una colocación como sirvienta en la carnicería Gerbers de aquella ciudad. En ocasiones, ayudaba a despachar a los clientes. Desde 1962 hasta 1965, estudié (gracias al apoyo económico de mi madrina, la citada señora Woltersheim) en la escuela de economía doméstica de Kuir, donde ella trabajaba de instructora. Aprobé los estudios con sobresaliente. Entre 1966 y 1967 estuve empleada en el parvulario de la empresa Koeschler, en el pueblo vecino de Oftersbroich. A continuación, entré a servir en casa del médico doctor Kluthen, también en Oftersbroich. Allí sólo permanecí un año porque el doctor me molestaba cada vez con más frecuencia, y eso no gustaba a su esposa. Tampoco a mí me agradaba; lo encontraba repugnante. En 1968, permanecí en paro durante unas semanas, y me dediqué a ayudar a mi madre. Solía asistir a las reuniones y tertulias del cuerpo de tamborileros de Gemmelsbroich, y así conocí, a través de mi hermano mayor Kurt Blum, al obrero textil Wilhelm Brettloh, con el cual me casé al cabo de pocos meses. Vivimos en Gemmelsbroich, donde oficiaba de camarera en el restaurante Kloog los fines de semana, cuando acudían muchos excursionistas. Transcurrido medio año, comencé a sentir una invencible aversión hacia mi marido. No quiero entrar en detalles sobre este punto. Le abandoné y me fui a vivir a la ciudad. Nos divorciamos. Yo me declaré culpable de abandono voluntario, y volví a utilizar mi apellido de soltera. Al principio, me alojé en casa de la señora Woltersheim, hasta que, al cabo de unas semanas, encontré una colocación como ama de llaves del agente financiero doctor Fehnern, en cuyo domicilio me instalé. El

doctor Fehern me dio la oportunidad de asistir a unos cursos nocturnos y de presentarme a los exámenes oficiales de economía doméstica. Era muy gentil y generoso, y yo me quedé en su casa después de haber aprobado. A finales del año 1969 detuvieron al doctor Fehern en relación con grandes fraudes tributarios en empresas importantes para las cuales había trabajado. Antes de que se lo llevaran, me entregó un sobre con el sueldo de tres meses, y me rogó que siguiera ocupándome de sus cosas, ya que él regresaría pronto. Me quedé todavía un mes, durante el cual atendí a los empleados que trabajaban en su despacho, me encargué de la limpieza de la casa y del jardín, y también del lavado de la ropa. Regularmente, yo llevaba una muda limpia a mi jefe a la prisión preventiva, y asimismo comida, en especial un *pâté* que había aprendido a hacer en casa del carnicero Gerbers. Más tarde, clausuraron el despacho y confiscaron la casa, y yo tuve que dejar mi habitación. Por lo que parece, al doctor Fehern consiguieron probarle delitos de fraude y falsificación, y le internaron en la cárcel, donde seguí visitándole. También le quise devolver los dos sueldos que le debía, pero no los quiso aceptar bajo ningún concepto. Encontré muy pronto un empleo en casa del doctor Blorna. A él y a su esposa los conocí a través del señor Fehern.

»Los Blorna viven en un *bungalow*, en una zona residencial al sur de la ciudad. A pesar de que me ofrecieron alojarme con ellos, no acepté, porque deseaba ser al fin independiente y ejercer mi profesión con más libertad. El matrimonio Blorna se mostraba muy amable conmigo. La señora, que dirigía un gran despacho de arquitectos, me facilitó un piso de compra en la ciudad satélite situada al sur de nuestra población, que se anunciaba con el lema “Viva elegantemente junto al río”. El doctor Blorna conocía este proyecto como abogado de la empresa constructora, y su esposa por su trabajo de arquitecto. Con el doctor Blorna calculé la financiación, los intereses y la amortización de un apartamento de dos habitaciones, cocina y baño, en el octavo piso. Como, mientras tanto, había logrado ahorrar unos 7000 marcos, y el matrimonio Blorna me avalaba un crédito de 30 000 más, pude ocupar mi vivienda a principios de 1970. Mis gastos mínimos mensuales ascendían, al principio, a unos 1100 marcos, pero como el matrimonio Blorna no contaba mi comida, sino que incluso la señora me daba cada día algo para mi cena, conseguí ahorrar bastante y amortizar mi crédito antes de lo que al principio había calculado. Desde hace cuatro años administro la casa de los señores Blorna por iniciativa propia. Empiezo a las siete de la mañana y termino por la tarde, alrededor de las cuatro y media, una vez concluidos los trabajos domésticos: limpieza, compra y preparativos para la cena. También repaso toda la ropa. Entre las cuatro y media y las cinco y media me ocupo de mi piso, y luego suelo dedicar hora y media o dos horas a la vivienda del matrimonio de rentistas Hiepertz. Unos y otros señores me pagan el trabajo de los sábados y domingos aparte. En mi tiempo libre, colaboro de forma ocasional en la

empresa Kloft, o ayudo en recepciones, fiestas, bodas, reuniones de sociedad y bailes, generalmente por propia cuenta y riesgo, pero a veces, también, por encargo de la empresa Kloft. Me ocupo del cálculo y la organización y, a veces, actúo de cocinera o camarera. Mis ingresos brutos ascienden a 1800-2300 marcos mensuales como promedio. A efectos de Hacienda, consta que ejerzo una profesión liberal. Yo misma pago mis impuestos y seguros. Todas estas cuestiones..., como declaración de impuestos, etc., me las resuelven en la oficina de Blorna gratuitamente. Desde la primavera de 1972 poseo un Volkswagen, modelo 1968, que compré al cocinero de la casa Kloft, Werner Klormer, a buen precio. Acabó por resultarme demasiado difícil desplazarme a mis diferentes ocupaciones utilizando los transportes públicos. El coche me permite trabajar también en recepciones y fiestas que se celebran fuera de la ciudad».

Esta parte del interrogatorio se desarrolló desde las 10.45 hasta las 12.30 y, tras una pausa de una hora, de 13.30 a 17.45. En el descanso del mediodía, la Blum se negó a aceptar el café y los bocadillos de la administración de policía, pese a la insistencia de Moeding y de la señora Pletzer que, evidentemente, le había tomado afecto. Según los comentarios de Hach, estaba claro que a Katharina Blum le resultaba imposible separar lo oficial de lo privado, y comprender la necesidad del interrogatorio. Beizmenne saboreaba sus bocadillos y el café y, con el cuello abierto y la corbata aflojada, no sólo parecía sino que se tornaba realmente paternal. Pero la Blum exigió que la acompañaran a su celda. Los dos funcionarios que tenían orden de vigilarla se esforzaron —esto se puede comprobar— en ofrecerle de nuevo café y bocadillos. Sin embargo, ella negaba obstinadamente con la cabeza, sentábase en su catre, fumaba un cigarrillo y expresaba, torciendo la nariz, su repugnancia ante el WC de su celda, que estaba salpicado de restos de vómitos. Más tarde, permitió a la señora Pletzer que le tomara el pulso, después que ésta y los dos funcionarios jóvenes insistieron. El ritmo de los latidos resultó normal. Entonces, aceptó un trozo de pastel y una taza de té, pero insistió en pagar de su bolsillo, pese a que uno de los funcionarios jóvenes que por la mañana había vigilado la puerta de su cuarto de baño, estaba dispuesto a «invitarla». El juicio de los dos funcionarios de policía y de la señora Pletzer sobre Katharina Blum a raíz de este episodio fue el siguiente: no tiene sentido del humor.

Entre las 13.30 y las 17.45 se reanudó el interrogatorio, que a Beizmenne le hubiera gustado abreviar, pero Katharina insistía en los detalles, y los policías accedieron a escucharla. Finalmente, incluso Beizmenne —primero contra su voluntad, y más tarde porque comprendió la trascendencia del «fondo» del asunto—, admitió la importancia de dichos detalles.

Alrededor de las 17.45 surgió la pregunta de si se debía continuar el interrogatorio o interrumpirlo, y si convendría dejar libre a la Blum o llevarla a su celda. A las 17.00 ella había aceptado otra taza de té y un bocadillo (de jamón), y estaba dispuesta a proseguir, ya que Beizmenne le prometió la libertad al término del interrogatorio. Se habló entonces de su relación con la señora Woltersheim. Katharina Blum dijo que dicha señora era su madrina, que siempre se había preocupado por su persona, y que era prima segunda de su madre. Por todo lo cual se puso en contacto con ella en cuanto llegó a la ciudad.

—El 20 de febrero estaba yo invitada a ese baile particular, que realmente debía haberse celebrado el 21 de febrero, pero se adelantó porque la señora Woltersheim tenía compromisos profesionales para esa fecha. Era el primer baile al que asistía desde hacía cuatro años. Corrijo mi declaración en el sentido de que, a veces, tal vez dos, tres o máximo cuatro veces, he bailado en casa de los Blorna, cuando ayudaba allí en una fiesta de sociedad. Después de medianoche, cuando todo estaba recogido y limpio, el café servido y el doctor Blorna se encargaba del bar, me llamaban al salón y yo bailaba allí con el doctor y también con otros caballeros de círculos académicos y políticos. Más tarde, acabé por no aceptar estas invitaciones, ya que los caballeros en cuestión, que a menudo estaban bebidos, se permitían impertinencias. Para ser más exacta: dejé de aceptar esas invitaciones desde que tengo coche propio. Antes dependía de que uno de los caballeros me acompañara a casa. Por cierto, que con este señor —señalaba a Hach, que se ruborizó— he bailado a veces.

Nadie preguntó si también Hach se había permitido impertinencias.

La duración del interrogatorio se explica por el hecho de que Katharina Blum controlaba con sorprendente aplomo cada frase transcrita, y exigía que se la leyeran tal como iba a figurar en el atestado. Por ejemplo, las impertinencias a las que se aludía en la última parte de la declaración constaban como «caricias»: «los caballeros se permitían caricias». Contra esta versión se defendía Katharina Blum de la manera más enérgica. Ella y sus interrogadores se enzarzaron en una verdadera controversia. Frente a Beizmenne, Katharina sostenía la opinión de que una caricia implica consentimiento, mientras que una impertinencia es siempre un acto unilateral, y de esto último se había tratado en todos los casos. Cuando los caballeros opinaron que este detalle carecía de importancia y que Katharina tendría la culpa si el interrogatorio duraba más de lo corriente, ella dijo que no firmaría ninguna declaración en la que figurase la palabra «caricia» en lugar de «impertinencia». La distinción entre uno y otro concepto la consideraba en extremo importante y hasta decisiva, pues uno de los motivos que la indujeron a separarse de su marido estaba relacionado con la circunstancia de que él nunca se había mostrado cariñoso, y siempre, en cambio, impertinente.

Controversias parecidas ocasionó la palabra «bondadoso» aplicada al matrimonio Blorna. En el atestado se leía «amable», pero la Blum insistía en el adjetivo bondadoso, y cuando le sugirieron la palabra gentil, la interrogada se ofendió y aseguró que la amabilidad y la gentileza nada tenían que ver con la bondad, y que esta última caracterizó siempre la actitud de los Blorna hacia su persona.

Mientras tanto, se había interrogado a los vecinos de la casa, la mayor parte de los cuales poco o nada sabía de Katharina Blum. La encontraban ocasionalmente en el ascensor, la saludaban y sabían que era suyo el Volkswagen rojo. Unos creían que era secretaria de dirección, y otros, encargada de unos grandes almacenes. La consideraban aseada y amable, aunque algo reservada. De los inquilinos de los cinco apartamentos del octavo piso, donde se encontraba el de Katharina, sólo dos sabían dar más detalles: la dueña de un salón de peluquería, la señora Schmill; y un funcionario retirado de la compañía de electricidad, llamado Ruhwiedel. Resultaba desconcertante la afirmación común a ambas declaraciones de que, a veces, Katharina recibía o acompañaba a visitantes masculinos. La señora Schmill aseguraba que una visita se había presentado con regularidad cada dos o tres semanas: se trataba de un caballero de unos cuarenta años, de aspecto muy ágil, «evidentemente de la buena sociedad». En cambio, el señor Ruhwiedel calificó al visitante como un tipo alto y bastante joven, que, unas veces solo y otras en compañía de la señorita Blum, entraba en el piso de ella. Todo esto, en el transcurso de los últimos dos años, unas ocho o nueve veces.

—Al menos, es lo que yo he observado. Naturalmente, no puedo decir nada de las visitas que me han pasado inadvertidas.

Cuando, a última hora de la tarde, leyeron a Katharina estas declaraciones y le pidieron su opinión, fue Hach quien, antes de formular la pregunta, intentó ayudarle y le insinuó si aquellos visitantes masculinos eran los mismos caballeros que, a veces, la habían acompañado a su casa. Katharina, muy ruborizada a causa de la vergüenza y la indignación, replicó en tono molesto que no estaba prohibido recibir visitas de caballeros. Ella no quiso aceptar la ayuda que él le había ofrecido por amabilidad, o tal vez ni captó el gesto. Así, pues, también el tono de Hach reflejó enfado cuando recordó que se estaba investigando un caso muy serio: el caso Ludwig Götten, que, ciertamente, era muy amplio y ocupaba a la policía y al fiscal desde más de un año antes. Hach preguntaba si aquellas visitas, que ella no negaba, correspondían al mismo caballero. En aquel momento, Beizmenne atacó brutalmente:

—O sea, que usted conoce a Götten hace ya más de dos años.

Con esto desconcertó a Katharina de tal modo, que ella no encontró respuesta, y se limitó a mirar a Beizmenne negando con la cabeza. Por último, dijo con voz sorprendentemente suave:

—Pues no, no; le vi ayer por vez primera.

El tono era poco convincente. Cuando le pidieron que identificara las visitas masculinas, agitó la cabeza «casi horrorizada» y se negó a declarar sobre ese extremo. Entonces Beizmenne volvió a su tono paternal y trató de convencerla,

argumentando que no era nada malo tener un amigo, que —aquí cometió un decisivo error psicológico— él mismo no se había mostrado impertinente con ella, sino, antes bien, considerado. Al fin y al cabo, estaba divorciada y nada la obligaba ya a la fidelidad. Ni siquiera se le podría reprochar —¡nuevo error decisivo!— que de estas relaciones hubiera obtenido ciertas ventajas materiales. Y con esto logró la obstinación definitiva de Katharina Blum, quien se negó a declarar más e insistió en volver a una celda o a su casa. Ante la sorpresa de todos los presentes, Beizmenne decidió, con voz suave y fatigada —ya eran las 20.45—, que un funcionario la acompañaría a su domicilio. Pero entonces, cuando ella ya se había levantado y recogía el neceser monedero y la bolsa de plástico, le preguntó de repente y en tono muy severo:

—¿Cómo salió de la casa anoche su querido Ludwig? Todas las entradas y salidas estaban vigiladas. Usted, usted debe de conocer alguna otra salida, y sin duda se la enseñó. Ya lo averiguaré. Hasta la vista.

Moeding, el ayudante de Beizmenne, que condujo a Katharina a su casa, explicó más tarde que el estado de la joven le inquietaba mucho y que temía que fuera capaz de atentar contra su propia vida, pues se hallaba totalmente deshecha. Le sorprendió que, en semejante estado, hubiese sido capaz de ejercitar su sentido del humor. Mientras recorrían la ciudad, Moeding gastó una broma a Katharina preguntándole si le parecía una buena idea ir a tomar una copa y a bailar en alguna parte. Ella afirmó con la cabeza y opinó que no sería mala idea y que tal vez resultaría divertido. Más tarde, delante de su casa, cuando le había ofrecido acompañarla hasta la puerta de su piso, ella le respondió irónicamente:

—No, será mejor que no; ya tengo bastantes visitas de caballeros, como usted sabe. De todos modos, muchas gracias.

Moeding empleó media noche en convencer a Beizmenne de que se debía detener a Katharina Blum para su protección, y cuando Beizmenne le preguntó si estaba enamorado contestó que no; que, simplemente, le era simpática, tenían la misma edad y él no aceptaba la teoría de Beizmenne de una gran conjuración en la cual estuviera complicada Katharina.

Lo que no explicó, pero, a pesar de todo, llegó a conocimiento de Blorna a través de la señora Woltersheim, eran los dos consejos que el policía dio a Katharina, a la que acompañó a través del vestíbulo hasta el ascensor; unos consejos bastante delicados, que le hubieran podido costar un disgusto y que, además, representaban un grave peligro para él y sus colegas. Le dijo a Katharina, en efecto, cuando se encontraban delante del ascensor:

—No toque el teléfono y mañana no abra el periódico —no aclaró si se refería al PERIÓDICO o a los periódicos en general.

Eran las 15.30 del mismo día (jueves, 21 de febrero de 1974) cuando Blorna, en el pueblo donde pasaba las vacaciones, se puso por vez primera aquel año sus esquís, con la idea de emprender una larga excursión. Desde aquel momento, sus vacaciones, que tanto había esperado, quedaron estropeadas. Había sido bonito el paseo de dos horas de la noche anterior, poco después de su llegada, en compañía de True. Anduvieron por la nieve, y luego tomaron una botella de vino junto a la chimenea encendida. Por último, durmieron profundamente con las ventanas abiertas. El primer desayuno de las vacaciones fue prolongado y tranquilo. A continuación, Blorna pasó un par de horas envuelto en mantas, en el sillón de la terraza. En el preciso momento en que pensaba salir, apareció aquel tipo del PERIÓDICO y, sin más preámbulos, le empezó a hablar de Katharina.

—¿La cree capaz de cometer un crimen?

—¿Por qué? Yo soy abogado y sé la clase de gente que es capaz de cometer un crimen. ¿Qué tipo de crimen, además? ¿Katharina? ¡Imposible! ¿Cómo se le puede ocurrir? ¿Qué sabe usted?

Cuando, finalmente, se enteró de que un bandido buscado desde hacía tiempo pernoctó en el piso de Katharina, y que ella se encontraba desde las 11.00 en prisión preventiva, se dispuso a regresar de inmediato a la ciudad para tratar de ayudar a su empleada, pero el tipo del PERIÓDICO —¿tenía realmente un aspecto tan puerco o se lo imaginó luego?— aseguró que la situación no era tan grave, y le pidió detalles sobre el carácter de Katharina. Cuando el abogado se negó a responder, el tipo opinó que aquello era una mala señal, y que podría interpretarse negativamente. En efecto, no hablar de su carácter sería en aquel caso, y se trataba de una *front-page-story*, un indicio inequívoco de mal carácter. A esto último replicó Blorna muy furioso e irritado:

—Katharina es una persona muy inteligente y reservada.

Le molestaba que este juicio tampoco fuera acertado y no expresara ni remotamente lo que él quería decir y debía haber dicho. Nunca trató con los periódicos y menos con el PERIÓDICO, y cuando el visitante se hubo marchado en su Porsche, Blorna se quitó los esquís y comprendió que sus vacaciones habían concluido. Subió a la terraza, donde Trude, medio dormida, tomaba el sol envuelta en mantas, y le explicó lo que sucedía.

—Intenta hablar con ella por teléfono —sugirió Trude.

En efecto, lo intentó tres, cuatro, cinco veces, pero siempre recibía la misma respuesta: «El abonado no contesta». Hacia las once de la noche insistió de nuevo, pero tampoco tuvo suerte. Bebió mucho y durmió mal.

Cuando el viernes por la mañana, a las nueve y media, se presentó malhumorado para el desayuno, Trude ya le ofreció el PERIÓDICO. Katharina en primera página. Una foto de tamaño exagerado y letras de tamaño no menos exagerado: KATHARINA BLUM, LA AMANTE DEL BANDIDO, SE NIEGA A DECLARAR SOBRE SUS VISITANTES MASCULINOS. *El bandido y asesino Ludwig Götten, buscado desde hace año y medio, hubiera podido ser detenido ayer si su amante, la empleada de hogar Katharina Blum, no hubiera borrado sus huellas y cubierto su fuga. La policía supone que la Blum está complicada hace tiempo en la conspiración. (Sigue en la última página bajo el título: VISITAS DE CABALLEROS).*

En la última página leyó Blorna que el PERIÓDICO había convertido su opinión de que Katharina era inteligente y reservada, en que era «fría y calculadora», y que su comentario sobre la criminalidad en general lo había interpretado como que ella «era, desde luego, capaz de cometer un crimen».

El cura de Gemmelsbroich declara: «De ella lo creo todo. Su padre fue un criptocomunista, y su madre, a quien empleé por misericordia durante un tiempo como asistenta, robaba el vino de celebrar y se entregaba, en la sacristía, a orgías con sus amantes».

La Blum recibía desde hace dos años, con regularidad, visitas de caballeros. ¿Fue su piso un centro de conspiración, un punto de reunión de bandidos o un depósito de armas? ¿Cómo puede tener una muchacha que sólo cuenta veintisiete años un piso de propiedad por un valor aproximado de 110 000 marcos? ¿Participaba en los botines de los atracos de bancos? La policía sigue investigando. El fiscal trabaja a pleno rendimiento. Mañana facilitaremos más información. ¡EL PERIÓDICO, COMO SIEMPRE, NO PIERDE EL HILO! Todas las informaciones sobre el fondo de la historia en nuestro número de fin de semana, que se publica mañana.

Por la tarde, en el aeropuerto, Blorna reconstruyó en poco tiempo lo que había ocurrido.

A las 10.25 llamó Lüding muy excitado, y suplicó que regresara inmediatamente y se pusiera en contacto con Alois, que se hallaba no menos excitado. Alois, que según él mismo estaba deshecho —yo jamás le había visto en tal estado, por lo que ni siquiera lo imaginaba así—, se encontraba en aquellos momentos en un congreso para empresarios cristianos en Bad Bedelig, donde debía presentar el informe más importante y dirigir el debate de principios.

A las 10.40, llamada de Katharina, que me preguntó si realmente había dicho lo que ponía el PERIÓDICO. Yo estaba contento de poderle dar una explicación y ella dijo (si no recuerdo mal) aproximadamente lo que sigue:

—Lo creo, lo creo; ahora ya sé cómo trabajan estos cerdos. Esta mañana hasta han molestado a mi madre, que está muy enferma, a Brettloh y a otras personas.

Cuando le pregunté dónde estaba, me respondió:

—En casa de Else, y ahora he de acudir a otro interrogatorio.

A las 11.00, llamada de Alois, al cual, por primera vez en mi vida —y le conozco desde hace veinte años—, noté excitado e inquieto. Dijo que yo debía regresar en seguida para defenderle en un asunto muy delicado. Él debía redactar su informe en seguida, luego comer con los empresarios, más tarde dirigir el debate y, por la noche, participar en una reunión íntima. Sin embargo, entre siete y media y nueve y media podía estar en nuestra casa y más tarde acudir a la reunión.

A las 11.30, Trude también opinó que debíamos volver inmediatamente para socorrer a Katharina. Interpreto por su sonrisa irónica que ella tiene una explicación acertada (probablemente como siempre) para las dificultades de Alois.

A las 12.15 encargué los billetes, hice las maletas y pagué las facturas. Después de cuarenta horas exactas de vacaciones me dirigí en taxi hacia I. Allí, en el aeropuerto, esperamos desde las 13.00 hasta las 15.00 a causa de la niebla. Trude y yo sostuvimos una larga conversación sobre Katharina, por la cual siento mucho afecto; ya lo sabe Trude. También hablamos de cómo la habíamos animado a no mostrarse tan melindrosa, y a olvidar su infeliz infancia y su malogrado matrimonio; y cómo intentamos vencer su orgullo cuando se trataba de dinero y de facilitarle un crédito por nuestra propia cuenta en condiciones más ventajosas que el banco. Ni siquiera logré convencerla de que si nos abonaba un 9% en vez del 14% que percibía el banco por el crédito, nosotros no perdíamos nada y ella ahorraría mucho dinero. Le debemos mucho a Katharina: desde que ella, tranquila, amable y metódicamente lleva nuestra casa, no sólo nuestros gastos han disminuido de forma considerable, sino que nos sobra a los dos tanto tiempo para dedicarlo a nuestras profesiones, que eso no se puede pagar en dinero. Ella nos ha liberado del caos que durante cinco años pesó sobre nuestro matrimonio y nuestro trabajo.

A las 16.30 decidimos irnos en tren, ya que la niebla no parecía levantarse. Por consejo de Trude no llamé a Alois Sträubleder. Fuimos en taxi a la estación, donde todavía alcanzamos el tren de las 17.45 para Frankfurt. Un viaje desdichado con mareos y nervios. Incluso Trude se mostraba seria y excitada. Ella prevé grandes desgracias. Totalmente agotados, cambiamos de tren en Munich, donde logramos un coche cama. Ambos esperábamos tener preocupaciones a causa de Katharina, y disgustos con Lüding y Sträubleder.

El sábado por la mañana, en la estación de la ciudad, todavía alegre por las fechas en que nos encontrábamos, nosotros, deshechos y en un lamentable estado, ya en el andén, vimos expuesto el PERIÓDICO, que publicaba de nuevo la foto de Katharina en primera página, esta vez bajando las escaleras del juzgado en compañía de un funcionario de la policía criminal vestido de paisano. ¡LA AMANTE DEL ASESINO SE OBSTINA EN NO CONFESAR! ¡NINGÚN INDICIO SOBRE EL ESCONDITE DE GÖTTEN! LA POLICÍA EN ESTADO DE ALERTA.

Trude compró un ejemplar y se fueron silenciosamente en taxi hasta su casa. Cuando Blorna pagó al taxista, mientras Trude abría la portezuela, el chófer indicó el PERIÓDICO y dijo:

—Usted también sale; le he conocido en seguida. ¿No es usted el abogado y jefe de esa putilla?

Le dio una propina excesiva, y el chófer, cuya sonrisa no era tan maliciosa como el tono de su voz, subió la maleta, los bolsos y los esquís hasta el recibidor, y luego se despidió con amabilidad.

Trude ya había enchufado la cafetera y se lavaba en el cuarto de baño. El PERIÓDICO estaba en el salón, encima de la mesa, donde, además, se veían dos telegramas. Uno era de Lüding: «Estamos francamente defraudados por no lograr contacto. Lüding». El otro era de Straübler: «No puedo comprender que me abandones de esta forma. Espero tu llamada inmediata. Alois».

Eran las ocho y quince minutos en punto, casi la misma hora en que normalmente les servía el desayuno Katharina. Resultaba agradable ver como arreglaba siempre la mesa, con flores y manteles y servilletas recién lavados, con diferentes clases de pan y miel, huevos y café, y, para Trude, tostadas y mermelada de naranja.

Incluso Trude se volvía casi sentimental cuando Katharina disponía el café, un poco de pan, miel y mantequilla.

—Nunca, nunca jamás volverá a ser como antes. Destrozarán a la chica. Si no lo hace la policía lo conseguirá el PERIÓDICO, y cuando el PERIÓDICO pierda el interés por ella, ya se encargará la gente de continuar. Por favor, lee primero esto y luego lo de los visitantes masculinos.

El doctor Blorna leyó:

El PERIÓDICO, siempre preocupado por informarles ampliamente, ha logrado reunir más declaraciones que arrojan luz sobre el carácter de la Blum y su turbio pasado. Los reporteros del PERIÓDICO han logrado localizar a la madre, que se encuentra gravemente enferma. Primero se quejó de que su hija hacía mucho tiempo que no iba a verla. Luego, enfrentada con la evidencia de los hechos, declaró: «Tenía que acabar así, tenía que acabar así». Aún con más prontitud, informó al

PERIÓDICO el marido, el honrado obrero textil Wilhelm Brettloh, cuyo divorcio con la Blum fue fallado en contra de ésta declarándola culpable de abandono de hogar. «Ahora —dijo, esforzándose por ahogar las lágrimas— sé por fin qué razón la impulsó a marcharse, a dejarme solo.

»Fue ESTO, ahora me lo explico todo. No le bastaba nuestra modesta felicidad. ¡Ella quería llegar a más! Y ¿cómo logra un trabajador honrado tener un Porsche? Permítame (añadió prudentemente) sugerir a los lectores del PERIÓDICO mi consejo: en esto desembocan las ideas erróneas sobre el socialismo. Le pregunto a usted y a sus lectores: ¿cómo alcanza una criada semejante posición? Desde luego que no honradamente. Ahora sé por qué siempre temí su radicalismo, su aversión a la Iglesia, y bendigo la decisión de Nuestro Señor de no habernos dado hijos. ¡Sólo me faltaba enterarme de que prefiere las caricias de un asesino y atracador a mis sentimientos sencillos! A pesar de todo, me gustaría decirle: “Mi pequeña Katharina, ¡ojalá te hubieras quedado conmigo! En el transcurso de los años también nosotros hubiésemos llegado a tener una propiedad y un coche utilitario, aunque seguramente no te hubiera podido ofrecer nunca un Porsche; sólo una felicidad modesta, como la que puede ofrecer un trabajador honrado que desconfía de los sindicatos. ¡Ay, Katharina!”».

Bajo el título «Matrimonio de rentistas horrorizado, pero no sorprendido», encontré Blorna todavía en la última página un artículo con un recuadro en rojo:

El director jubilado de instituto doctor Berthold Hiepertz y su señora, Erna Hiepertz, se mostraron horrorizados por las actividades de la Blum, pero no «demasiado sorprendidos». En Lemgo, donde una colaboradora del PERIÓDICO los encontró en el hogar de su hija casada, que dirige allí un sanatorio, el especialista en filología clásica e historiador Hiepertz, en cuya casa trabaja la Blum desde hace tres años, comentó: «Una extremista en todos los aspectos, que nos ha engañado con habilidad».

Hiepertz, con el cual Blorna habló más tarde por teléfono, juró haber dicho lo siguiente: «El único extremismo que atribuyo a Katharina consiste en que es en extremo altruista, metódica e inteligente. Mucho debería haberme equivocado con ella, y en mis cuarenta años de experiencia como pedagogo me he engañado pocas veces».

Al ex marido de la Blum, ahora totalmente destrozado, le localizó el PERIÓDICO en un ensayo del cuerpo de tamborileros y pífanos de Gemmelsbroich. Cuando supo la noticia, se apartó de sus compañeros para ocultar las lágrimas. También los demás socios del club, como lo expresó el anciano campesino Meffels, abominaron de Katharina, que siempre se mostró muy extraña y mojigata. Desde luego, se habrán malogrado las inofensivas alegrías de carnaval de un honrado trabajador.

Y, finalmente, una foto de Blorna y Trude en su jardín, al lado de la piscina, con

el siguiente pie: «¿Qué papel desempeñaron la mujer que, en otro tiempo, fue conocida como Trude la Roja, y su marido, quien en ocasiones ha declarado ser de izquierdas? El bien remunerado jurisconsulto e industrial doctor Blorna, con su esposa Trude, junto a la piscina de su lujosa villa».

Aquí debemos volver atrás. Este recurso se llama en cinematografía y en literatura *flashback*. Retrocedamos desde la mañana del sábado, en que el matrimonio Blorna regresó agotado y bastante desesperado de sus vacaciones, hasta la mañana del viernes anterior, en que Katharina debió someterse a un nuevo interrogatorio en la jefatura de policía. Fueron en su busca la señora Pletzer y un funcionario mayor provisto de arma ligera. No acudieron a su piso, sino al de la señora Woltersheim, adonde había ido Katharina a las cinco de la madrugada, esta vez en su propio coche. La funcionaria no disimuló que sabía que iba a encontrar a Katharina en casa de la Woltersheim y no en la suya propia. (Para ser justos, convendría no olvidar los sacrificios y fatigas del matrimonio Blorna: interrupción de sus vacaciones, viaje en taxi hasta el aeropuerto de I, espera en medio de la niebla, nuevo viaje en taxi hasta la estación, tren para Frankfurt, con cambio en Munich y un viaje desagradable en coche cama. De madrugada, al llegar a casa, se produjo el descubrimiento del PERIÓDICO. Más tarde —demasiado tarde, naturalmente— se arrepintió Blorna de no haber llamado a Hach en vez de telefonar a Katharina. A través del tipo del PERIÓDICO sabía que ella ya había sido interrogada).

Los asistentes al segundo interrogatorio de Katharina, que se desarrolló el viernes, fueron de nuevo Moeding, la Pletzer, los fiscales doctores Korten y Hach, y la secretaria Anna Lockster, que se molestó por el afán de precisión de la Blum en las transcripciones, hasta el punto de calificarla de pedante. A todos les llamó la atención el brillante humor de Beizmenne, quien penetró en la sala frotándose las manos, trató a Katharina con mucha cortesía, se disculpó por «ciertas groserías» antes atribuibles a su persona que a su profesión, y se calificó a sí mismo como un tipo algo tosco. Luego, repasó la lista de objetos confiscados. Estos eran:

1. Una pequeña agenda verde, bastante gastada, que contenía exclusivamente números de teléfono. Una vez comprobados, no pusieron de manifiesto nada sospechoso. Estaba claro que Katharina utilizaba la agenda desde hacía más de diez años. Un grafólogo que se dedicó a buscar huellas escritas de Götten (el cual, entre otras cosas, era desertor de la *Bundeswehr* y había trabajado en una oficina, razón por la que se conservaban muchas muestras de su escritura), calificó el desarrollo de la letra de Katharina como ejemplar: la joven de dieciséis años que apuntó el número del carnicero Gerbers, la de diecisiete que anotó el teléfono del médico doctor Kluthen, la de veinte que servía al doctor Fehnern, y, más tarde, los números y direcciones de propietarios de restaurantes, de colegas, etc.

2. Estados de cuenta de la caja de ahorros, en los que todos los movimientos estaban exactamente identificados gracias a apuntes de la Blum al margen de cada hoja. Todas las imposiciones y reintegros eran correctos y ninguno resultaba

sospechoso. Lo mismo se podía decir de la contabilidad y de las notas e informes que clasificaba en un pequeño archivador. Por los datos que en él constaban, pudo deducirse cuánto adeudaba Katharina a la firma Haftex, a la cual había comprado su piso de propiedad en «Viva elegantemente junto al río». También las declaraciones de renta, la notificación de impuestos y los recibos fueron examinados a fondo por un inspector de cuentas, que no encontró ningún fraude importante. Beizmenne consideraba del mayor interés el examen de sus transacciones financieras, sobre todo en el lapso de los dos últimos años, que llamaba en broma «el período de las visitas de los caballeros». Nada. Se averiguó, de todos modos, que Katharina enviaba a su madre mensualmente 150 marcos, y que se encargaba del cuidado de la tumba de su padre a través de una suscripción concertada con la casa Kolter, de Kuir. Se examinaron las facturas de compra de sus muebles y enseres domésticos, vestidos y ropa interior, y los comprobantes de adquisición de gasolina, y en ninguna parte se descubrieron irregularidades. El perito contable, al devolver los documentos a Beizmenne, manifestó:

—Oye, cuando la dejen libre, tal vez busque una colocación. ¡Avísame! Una persona así es de las que siempre se buscan y nunca se encuentran.

Tampoco de las facturas del teléfono pudo deducirse nada sospechoso. Evidentemente, apenas había celebrado; conferencias.

También se averiguó que Katharina Blum, de vez en cuando, envió pequeñas sumas, entre 15 y 30 marcos, a su hermano Kurt, que, en aquellos momentos, cumplía una condena por robo con fractura. La Blum no pagaba contribución parroquial. De sus documentos se desprendía que se había separado de la Iglesia católica en el año 1966.

3. Otra pequeña agenda con apuntes, especialmente cuentas, contenía cuatro columnas: una para la casa de los Blorna con sumas y liquidaciones de compras de alimentos, gastos de limpieza, tintorería y lavandería. Se supo que Katharina planchaba la ropa personalmente.

La segunda columna correspondía a la casa de los Hipertz, y reflejaba los datos y cálculos correspondientes.

En otra columna, la Blum llevaba la contabilidad de su propia casa. Estaba claro que la adquisición del piso la realizó con escasos medios. Algunos meses gastó en alimentación apenas 30-50 marcos. No tenía televisión, y al parecer iba con frecuencia al cine, y a veces se compraba chocolate o bombones.

La cuarta columna comprendía entradas y salidas relacionadas con los trabajos extras de la Blum, adquisición y limpieza del vestuario profesional, y parte de los gastos ocasionados por el Volkswagen. En este último capítulo intervino Beizmenne con una amabilidad que sorprendió a todos: preguntó a Katharina a qué se debían los gastos de gasolina, relativamente elevados. Además, el cuentakilómetros del vehículo

registraba una cifra muy alta. Se determinó que la distancia hasta la casa de los Blorna era de seis kilómetros entre ida y vuelta; el recorrido hasta el domicilio de los Hipertz, de ocho kilómetros ida y vuelta; y hasta donde vivía la señora Woltersheim, unos cuatro kilómetros. Si se calculaba generosamente un trabajo extra por semana y se añadían veinte kilómetros, cifra no menos exagerada, que, repartida entre los días de la semana, sumaba tres kilómetros diarios, el resultado eran unos veintiuno o veintidós kilómetros por jornada. Y eso habida cuenta que no visitaba a la Woltersheim cada día. Lo cual significaba un total próximo a los 8000 kilómetros anuales. Katharina Blum adquirió su Volkswagen al cocinero Klormer seis años antes, cuando el vehículo llevaba ya recorridos 56 000 kilómetros, según constaba en el documento de cesión. Si se multiplicaban los seis años por 8000, el cuentakilómetros debería señalar 104 000 o 105 000, pero, en realidad, indicaba casi 165 000. De vez en cuando, Katharina visitaba a su madre en Gemmelsbroich primero y, más tarde, en el sanatorio de Kuir-Hochsackel, y en ocasiones también a su hermano en la cárcel. Pero la distancia hasta Gemmelsbroich y Kuir-Hochsackel era, aproximadamente, de cincuenta kilómetros, y hasta la cárcel, de unos sesenta. Si se calculaban dos visitas al mes como mucho —teniendo en cuenta que el hermano se encontraba sólo hacía año y medio en la cárcel, y antes vivía en casa de su madre, en Gemmelsbroich—, la suma arrojaría otros 7000-8000 kilómetros en seis años. Quedaban, pues, 45 000-50 000 kilómetros sin explicación. Beizmenne no quería incurrir de nuevo en groserías, pero era preciso que Katharina comprendiera la intención de su pregunta:

—¿Se ha reunido alguna vez con una o varias personas? ¿Y dónde?

Fascinados y horrorizados, Katharina y los demás presentes escucharon la relación de los cálculos de Beizmenne, que leyó con voz suave. Mientras Beizmenne citaba cifras, la interrogada ni siquiera experimentaba disgusto; tan sólo se sentía intrigada, asustada y fascinada, porque al tiempo que oía hablar, no buscaba una explicación a los 50 000 kilómetros, sino que intentaba, recordar dónde, en qué circunstancias y por qué había viajado. Cuando se sentó para ser interrogada, pareció sorprendentemente suave e incluso temerosa, y aceptó el té sin insistir en pagarlo. Ahora, una vez Beizmenne hubo terminado con sus preguntas y cálculos, reinaba, según varios testimonios —los de casi todos los presentes— un silencio mortal, como si se presintiera que alguien, basándose en una conclusión que fácilmente se hubiera podido pasar por alto de no haber mediado los gastos de gasolina, había logrado penetrar en un secreto íntimo de la Blum, cuya vida, hasta aquel momento, pareció tan clara.

—Sí —admitió Katharina Blum, y desde aquel momento levantaron acta de su declaración, que quedó archivada—; eso es cierto. Representan, según un cálculo aproximado que he hecho, casi veinticinco kilómetros diarios. Nunca lo he pensado

ni tampoco he reparado en el gasto. A veces, me sentaba al volante y corría sin rumbo fijo; quiero decir, que yo viajaba en cualquier dirección sin haber previsto nada: al sur, hacia Coblenza, o al oeste, hacia Aquisgrán o el Bajo Rin. No todos los días; me resulta imposible precisar cuántas veces y con qué intervalos. Por regla general, cuando llovía, después de terminar el trabajo y cuando me sentía sola. No, rectifico mi declaración: única y exclusivamente cuando llovía. No sé bien por qué. A veces, cuando no me correspondía acudir a casa de los Hiepertz y no tenía ningún trabajo especial, a las cinco ya estaba en casa sin nada que hacer. No siempre me apetecía ir a ver a Else, sobre todo desde que ella mantiene amistad con Konrad, e ir al cine tiene sus riesgos para una mujer sola. En ocasiones, me he sentado en una iglesia, no por motivos religiosos, sino porque allí hay tranquilidad, pero, en los últimos tiempos, también en las iglesias se meten con una, y no solamente los seglares. Desde luego, cuento con algunos amigos: por ejemplo, Werner Klormer, a quien compré el Volkswagen, y su señora, y también otros empleados de la empresa Kloft, pero es bastante difícil, y por lo general penoso, presentarse en casa de esas personas así, por las buenas. De modo que yo prefería sentarme al volante, poner la radio y el motor en marcha y correr siempre bajo la lluvia, y preferentemente por carreteras arboladas. A veces, me llegaba hasta Holanda o Bélgica, bebía un café o una cerveza y luego regresaba. Sí. Ahora que usted me pregunta lo veo claro. Si debo precisar cuántas veces, yo diría que dos o tres al mes; a veces más o acaso menos. Las salidas duraban horas. Por último, yo regresaba a casa cansadísima, alrededor de las nueve o las diez, e incluso cerca de las once. Es posible que la causa de mi conducta fuera el miedo; ¡conozco a tantas mujeres solteras que se emborrachan cada noche solas ante el televisor!

La benévola sonrisa con la cual Beizmenne tomó nota de esta explicación, sin hacer ningún comentario, no permitía juzgar sus pensamientos. Se limitó a afirmar con la cabeza, y si se frotó de nuevo las manos, probablemente era sólo porque la declaración de Katharina Blum le había confirmado una de sus teorías. Durante un momento se hizo un silencio, como si los presentes estuvieran sorprendidos o bajo los efectos de una penosa impresión; al parecer, por vez primera la Blum había revelado algo de su esfera íntima. Los comentarios sobre los demás objetos que habían sido confiscados ocuparon poco tiempo.

4. Un álbum fotográfico contenía exclusivamente fotos de personas fáciles de identificar. El padre de Katharina Blum, de aspecto enfermizo y amargado, y mucho mayor de lo que pudo haber sido. La madre, de quien se supo que padecía cáncer y se estaba muriendo. El hermano. Ella misma, Katharina, a los cuatro y a los seis años, el día de su primera comunión, a los diez años, y de recién casada, a los veinte. También aparecían el marido, el cura de Gemmelsbroich, vecinos y familiares. Figuraban varias fotos de Else Woltersheim y de un caballero mayor de aspecto vivaracho,

identificado más tarde como el doctor Fehnern, el agente financiero que había sido condenado. No había fotos de ninguna persona susceptible de ser relacionada con las teorías de Beizmenne.

5. Un pasaporte a nombre de Katharina Blum de Brettloh. En relación con dicho documento, se habló de viajes, y resultó que Katharina nunca había hecho un «verdadero viaje» y que, aparte de algunos días en que estuvo enferma, siempre había trabajado. En casa de Fehnern y los Blorna le pagaron las vacaciones, pero ella siguió trabajando o aceptó empleos eventuales.

6. Una vieja caja de bombones. Su contenido: algunas cartas, apenas una docena, de su madre, su hermano, su marido y la señora Woltersheim. Ninguna ofrecía indicios relativos a la sospecha que pesaba sobre Katharina. Además, en la caja de bombones aún se conservaban algunas fotos sueltas de su padre vestido de cabo del ejército alemán, de su marido luciendo el uniforme del cuerpo de tamborileros, unas hojas de calendario con proverbios, una colección bastante extensa de recetas de cocina escritas a mano, y un librito titulado *El jerez en las salsas*.

7. Un archivador con certificados, diplomas, documentos, las actas completas de su divorcio y la escritura de su piso de propiedad.

8. Tres manojos de llaves que, mientras tanto, ya habían sido examinados. Se trataba de llaves de puertas y armarios de su piso y de las viviendas de los Blorna y los Hiepertz.

Se llegó a la conclusión, y así figuraría en el sumario, de que entre los objetos citados no se había encontrado nada sospechoso. La explicación de Katharina Blum sobre su gasto de gasolina y los kilómetros recorridos se aceptó sin objeciones.

En aquel momento, Beizmenne sacó un anillo de rubíes adornado con brillantes, que, evidentemente, había guardado aparte. Antes de mostrárselo a Katharina, lo abrigantó frotándolo en la manga de su chaqueta.

—¿Conoce usted este anillo?

—Sí —admitió la interrogada sin la menor vacilación ni timidez.

—¿Le pertenece?

—Sí.

—¿Conoce usted su valor?

—No exactamente. No puede ser mucho.

—Bueno —dijo Beizmenne en tono amable—... lo hemos hecho tasar y, como medida de precaución, no sólo por nuestro perito aquí presente, sino, además, para no cometer ninguna injusticia, por un joyero de la ciudad. Este anillo tiene un valor de ocho mil o diez mil marcos. ¿No lo sabía usted? Estoy dispuesto a creerla, pero debería usted explicarme su procedencia. En relación con ciertas pesquisas sobre un criminal convicto de robo a mano armada y sospechoso de asesinato, este anillo no es una insignificancia ni tampoco algo privado e íntimo como, por ejemplo, centenares

de kilómetros y horas de viaje en coche bajo la lluvia. ¿De quién procede, entonces, este anillo? ¿De Götten o de alguno de los caballeros que la visitan? ¿O tal vez Götten y el caballero son una misma persona? ¿A dónde iba usted bajo la lluvia y recorriendo miles de kilómetros? A nosotros nos será fácil determinar de qué joyero procede el anillo, y si ha sido comprado o robado, pero le quisiera dar a usted una oportunidad, ya que no la considero en este momento una criminal, sino, simplemente, una ingenua y una romántica. Usted tiene fama de melindrosa, casi de mojigata, hasta el punto de que sus amigos la llaman «la Monja»; evita usted las discotecas porque en ellas hay demasiado tumulto, se divorcia porque su marido se ha vuelto «impertinente»... Usted manifiesta no haber conocido a ese Götten hasta anteayer, y que el mismo día —en seguida, como quien dice— se lo lleva a su casa y allí, muy rápidamente, llega, digamos, a intimar con él. ¿Cómo llama usted a esto? ¿Flechazo? ¿Enamoramiento? ¿Cariño? ¿Se resiste usted a admitir que ciertas incongruencias es lógico que despierten sospechas? Y algo más. —Sacó del bolsillo de su americana un sobre blanco de tamaño grande, del cual extrajo otro sobre de tamaño normal, de un violeta bastante extravagante, forrado de color arena—. En este sobre vacío, que hemos encontrado junto al anillo en el cajón de su mesita de noche, figura el matasellos de fecha 21 de febrero de 1974 a las 18.00, corresponde al coche correo de Dusseldorf, y está dirigido a usted. ¡Dios mío! —exclamó al fin Beizmenne—. ¡Si usted ha tenido un amigo que la ha visitado de vez en cuando y al que ha visitado usted a veces; que le escribió cartas y que, a veces, le hacía algún regalo, díganoslo, que eso no es un crimen! Solamente la compromete a usted una relación con Götten.

Todos los presentes estaban seguros de que Katharina no ignoraba el valor del anillo y que aquí se replanteaba el delicado tema de las visitas de caballeros. ¿Se avergonzaba ella sólo porque veía peligrar su fama, o consideraba que otra persona corría un riesgo y no quería mezclarla en el asunto? Esta vez la interrogada se ruborizó sólo ligeramente. ¿No declaraba haber recibido el anillo de Götten porque sabía que hubiera resultado bastante inverosímil hacerle pasar por un caballero capaz de tales delicadezas? El tono de su voz era tranquilo, casi «manso», cuando declaró:

—Es cierto que en la fiesta privada de la señora Woltersheim bailé exclusivamente y en actitud amorosa con Ludwig Götten, a quien vi aquel día por vez primera en mi vida, y cuyo apellido no supe hasta el jueves durante el interrogatorio de la policía. Götten me inspiró una gran ternura. Alrededor de las diez salí de casa de la señora Woltersheim y fui con Ludwig Götten a mi piso.

»No puedo —o, mejor dicho, no quiero— dar una explicación sobre la procedencia de la joya. Puesto que no ha llegado a mis manos ilegalmente, no me siento obligada a explicar cómo la conseguí. Desconozco al remitente del sobre que me han presentado. Debe de tratarse de uno de esos envíos corrientes de propaganda.

Soy bastante conocida en los círculos gastronómicos, pero no puedo explicar por qué se me envía publicidad sin remitente en un sobre bastante costoso y lujosamente forrado. Sólo quisiera que tuvieran en cuenta que a ciertas firmas gastronómicas les gusta parecer distinguidas.

Le preguntaron por qué precisamente aquel día, puesto que tanto le gustaba viajar en coche, como ella misma había reconocido, se dirigió en tranvía a casa de la señora Woltersheim. Respondió Katharina Blum que no sabía si iba a beber mucho o poco alcohol, y le había parecido más seguro no acudir en su coche. Al preguntarle si solía beber mucho o si a veces se emborrachaba, manifestó que no, que solía beber poco y que nunca se había emborrachado. Sólo una vez —y, por cierto, en presencia y por iniciativa de su marido en una fiesta del cuerpo de tamborileros— *la habían emborrachado* con un licor de anís que sabía a limonada. Más tarde, le explicaron que esta bebida, bastante cara, era un medio casi seguro para emborrachar a la gente. Cuando le dijeron que su explicación —que temía la eventualidad de beber demasiado— no era admisible ya que no acostumbraba a cometer abusos en este sentido, y cuando le preguntaron si no comprendía que parecía estar citada con Götten, y que le constaba de antemano que no iba a necesitar su coche porque él la acompañaría en el suyo, Katharina negó con la cabeza y manifestó que todo había ocurrido tal como acababa de explicarlo. Que por su estado de ánimo, cabía la posibilidad de que bebiera más de la cuenta, pero que luego no lo hizo así.

Era preciso aclarar otro punto antes de la pausa del mediodía: ¿por qué no tenía un talonario de cheques de banco o caja de ahorros? ¿Existía o no alguna cuenta a nombre de Katharina Blum? La interesada explicó que no tenía más cuentas bancarias que su libreta de ahorros. Destinaba todo el dinero de que podía disponer a abonar su crédito, cuyos intereses ascendían a casi el doble de los intereses que le proporcionaban los ahorros. La libreta a la vista, por lo demás, en la práctica no devengaba intereses. Los talones le resultaban demasiado engorrosos. Atendía los gastos corrientes que le ocasionaban la casa y el coche pagándolos en metálico.

Ciertos estancamientos —léase tensiones— son inevitables porque no se pueden desviar los caudales de todas las fuentes a la vez para dejar cuanto antes el terreno seco. Queremos evitar, sin embargo, las tensiones innecesarias, y nos proponemos explicar por qué, aquel viernes por la mañana, las maneras de Beizmenne y de Katharina revelaban tanta suavidad, blandura o, incluso, mansedumbre. Katharina llegó a mostrarse temerosa y tímida. El PERIÓDICO, que una amable vecina había deslizado por debajo de la puerta de la señora Woltersheim, provocó en esta última y en su ahijada sentimientos de ira, disgusto, indignación, vergüenza y miedo. Pero la conversación telefónica con Blorna las tranquilizó. Poco después de que las dos mujeres, horrorizadas, repasaran el PERIÓDICO y Katharina hubiera hablado con Blorna, se presentó la señora Pletzer, la cual reconoció que, naturalmente, se vigilaba el piso de Katharina, y por eso sabía que ella se encontraba allí y se disponía a interrogar a la señora Woltersheim, lo que la señora Pletzer lamentaba. Gracias a la intervención abierta y gentil de la señora Pletzer, el susto por lo del PERIÓDICO se mitigó de momento, y para Katharina volvió a ocupar el lugar principal un episodio que, la noche anterior, la hizo feliz. ¡Ludwig la había llamado! Se mostró tan cariñoso, que no le contó nada del disgusto para que no tuviera la impresión de ser causa de algún contratiempo. Tampoco hablaron del amor. Esto ya se lo prohibió expresamente Katharina cuando se dirigían en el coche de Ludwig al piso de ella. No, no, se encontraba bien; naturalmente, preferiría estar con él siempre o, por lo menos, una larga temporada, pero mejor sería eternamente. Descansaría durante las fiestas de carnaval y nunca jamás bailarían con otro hombre que no fuera él, y nunca con otra música más que con aquella sudamericana. Katharina quería saber cómo se encontraba él. Estaba bien instalado y muy bien cuidado, y ya que ella le había prohibido hablar de amor, deseaba decirle que sentía mucho cariño por ella y que, algún día —aún no sabía cuándo; podrían ser meses pero también un año o dos—, iría en su busca para llevarla consigo, si bien aún ignoraba a dónde. Habían hablado, pues, como dos personas a las que les une un gran cariño. No se refirieron a cuestiones íntimas, y menos a aquel proceso que Beizmenne (o, lo que cada vez parece más probable, Hach) había definido de forma tan grosera. Hablaron durante bastante tiempo; unos diez minutos. Tal vez más, precisó Katharina a Else. Acaso en lo que se refiere al vocabulario concreto de los dos enamorados podamos remitirnos a las películas modernas en las que se dicen cosas *aparentemente* insignificantes por teléfono, a veces en conferencia.

Esta conversación telefónica entre Katharina y Ludwig fue uno de los motivos del relajamiento, la amabilidad y la benevolencia de Beizmenne. A pesar de que imaginaba por qué Katharina había desistido de su obstinación, ella, naturalmente, no

podía suponer que su interrogador se mostraba tan contento por la misma causa, aunque no en idéntico sentido. (El ejemplo de este curioso y memorable proceso debería inducirnos a telefonar más a menudo, aunque sin susurros cariñosos, pues nunca se sabe a quién se da una alegría con ello). Pero Beizmenne también conocía la causa de la inquietud de Katharina, ya que estaba enterado de otra llamada anónima.

Se ruega abstenerse de examinar, en busca de fuentes, los informes confidenciales que contiene este capítulo. Se trata de una simple perforación en el dique de un charco secundario, cuyo muro de contención, construido por un aficionado, permite la salida y el flujo antes de que se derrumbe el débil muro en cuestión, y se aflojen todas las tensiones.

Para evitar equívocos, es preciso determinar que tanto Else Woltersheim como Blorna sabían, en realidad, que Katharina había incurrido en delito al ayudar a Götten a salir de su piso sin ser visto. Y si había facilitado su fuga, ella también debía de ser cómplice de ciertos actos criminales. Else Woltersheim se lo echó en cara poco antes de que la señora Pletzer fuera en su busca para acudir al interrogatorio. Blorna aprovechó la primera ocasión que se le presentó para advertir a Katharina sobre las consecuencias que podría acarrearle su conducta. Tampoco queremos ocultar a nadie lo que Katharina dijo a la señora Woltersheim acerca de Götten:

—¡Dios mío! Él ha sido, simplemente, el hombre que debía llegar, y con el que yo me hubiera casado y con quien hubiera tenido hijos... aunque hubiera tenido que esperar años hasta que saliera de la cárcel.

Con esto, el interrogatorio de Katharina Blum se podía dar por concluido. Sólo tenía que estar disponible para enfrentarse, llegado el caso, con las declaraciones de los demás asistentes al baile en casa de la señora Woltersheim. Por el momento, se quería aclarar un extremo muy importante en relación con las teorías de Beizmenne sobre citas y conspiraciones: ¿cómo había llegado Götten a la fiesta de la señora Woltersheim?

Se dejó a Katharina Blum libre para regresar a su casa o esperar en otro sitio si lo prefería, pero ella decidió no volver a su piso, argumentando que, definitivamente, ya no le gustaba; que creía mejor aguardar en una celda hasta después del interrogatorio de la señora Woltersheim, para acompañar a ésta a su casa y quedarse allí. En aquel momento, Katharina sacó los dos números del PERIÓDICO de su bolsillo y preguntó si el Estado —tal es el término que empleó— no podía hacer nada para protegerla contra semejante inmundicia y para devolverle su buen nombre.

Admitía que su interrogatorio estaba justificado, aunque no comprendía «por qué debía entrar en tantos detalles». Sin embargo, no acertaba a explicarse cómo algunos de esos detalles —por ejemplo, las visitas de caballeros— podían haber llegado a conocimiento del PERIÓDICO, y de dónde procedían aquellas declaraciones inventadas. En este punto intervino el fiscal Hach, quien manifestó que, naturalmente, a causa del enorme interés público del caso Götten, se había tenido que dar una explicación a los reporteros, aunque estaba aún por celebrarse una conferencia de prensa. Esta, por otra parte, sería ya difícil de evitar, dada la excitación y el temor que había causado la fuga de Götten, que Katharina facilitara. Por lo demás, ahora, en virtud de su vinculación a Götten, se había convertido en un «personaje de actualidad» y, con ello, en objeto de un justificado interés público. Los detalles ofensivos y posiblemente difamatorios de la información podría convertirlos ella en materia de demanda judicial si llegaba a demostrarse que se habían producido «filtraciones» en la investigación. Sus responsables podían tener la seguridad de que presentarían una denuncia contra quien procediera, y de que defenderían los derechos de Katharina. A continuación, internaron a ésta en una celda. Renunciaron a la vigilancia excesiva. Sólo la acompañaba una joven asistente de policía, Renate Zündach, sin armas, quien más tarde declaró que, durante todo el tiempo —aproximadamente dos horas y media—, Katharina Blum no había hecho otra cosa que leer repetidas veces los números del PERIÓDICO. Rechazó el té y los bocadillos, no de forma brusca, sino «casi en tono amable y apático». También rechazó todas las conversaciones sobre moda, cine, baile, etc., que Renate Zündach intentó iniciar.

Entonces, para ayudar a la Blum, que se había enfrascado en la lectura del PERIÓDICO, la dejó por un momento al cuidado de su colega Hürteo, y fue a buscar

en el archivo las informaciones de otros periódicos, que trataban de forma absolutamente objetiva las implicaciones del caso, el interrogatorio de la Blum y el posible papel de ésta en el asunto. Se trataba de noticias breves en la tercera o cuarta página, en las cuales ni siquiera figuraba el nombre de la Blum, a la que simplemente mencionaban como una tal Katharina B., empleada de hogar. Por ejemplo, el periódico *Umschau* se limitaba a consignar una información de diez líneas, desde luego sin foto, en la cual se leía que una persona probadamente íntegra se había visto complicada en el asunto, lo que resultaba lamentable. Todo esto —la celadora le había mostrado un total de quince recortes de periódicos— no la consoló en absoluto. Katharina tan sólo manifestó:

—¿Y quién lee esto? Todos mis conocidos leen el PERIÓDICO.

Para aclarar cómo había sido invitado Götten a la fiesta en casa de la señora Woltersheim, se interrogó, ante todo, a ésta, y desde el primer momento quedó claro que su postura frente a sus interrogadores era, si no expresamente hostil, desde luego más hostil que la de la propia Blum. Declaró haber nacido en 1930, o sea que tenía 44 años, era soltera, y de profesión, ama de llaves sin diploma.

Antes de declarar en el caso, expresó su protesta, con «voz firme y áspera, que prestaba más fuerza a su indignación y sonaba como si hubiese estado gritando o injuriando», por el tratamiento de que había hecho objeto a Katharina Blum el PERIÓDICO, y por la evidente circunstancia de que se proporcionaban detalles de los interrogatorios a cierta clase de prensa. Para ella estaba clara la necesidad de determinar el papel de Katharina en el asunto, pero se preguntaba si era justificable «destruir una vida joven», como estaba ocurriendo. Ella conocía a Katharina desde su nacimiento, y observaba ya ese proceso de destrucción, y también la alteración que desde el día anterior se había producido en la Blum. No era psicólogo, pero consideraba alarmante el hecho de que Katharina ya no se interesara por su piso, que había constituido toda su ilusión, y que tanto trabajo le costó conseguirlo.

Era difícil interrumpir la protesta de la Woltersheim; ni siquiera Beizmenne lo logró del todo. Cuando le reprochó haber recibido a Götten, ella adujo que ni siquiera se había enterado de su nombre: ni él se presentó ni nadie lo hizo en su lugar. Sólo podía precisar que aquel miércoles, a las 19.30, llegó en compañía de Hertha Scheumel y de la amiga de ésta, Claudia Stern, que a su vez iba acompañada por un hombre disfrazado de jeque, de quien nada sabía salvo que se llamaba Karl, y que más tarde se comportó de una manera muy especial. No se podía hablar de una invitación a Götten, ya que antes nunca había oído su nombre, y ella estaba informada sobre la vida de Katharina hasta el último detalle. Cuando le presentaron la declaración de Katharina sobre sus «extraños viajes en coche» tuvo que reconocer su ignorancia acerca de ellos, con lo que su aserto de que conocía todos los detalles de la vida de Katharina recibió un golpe decisivo. Preguntada por las visitas de caballeros, se turbó y manifestó que si Katharina no había dicho nada, ella, por su parte, se negaba a hacer declaraciones sobre este punto. Lo único que podía decir era que se trataba de un «asunto de bastante mal gusto», y «si digo de mal gusto no me refiero a Katharina, sino al visitante». Si Katharina le autorizaba, explicaría cuanto sabía sobre el particular, pero consideraba imposible que la finalidad de los viajes de Katharina fuera reunirse con aquel señor que, por otra parte, existía. Sin embargo, ella vacilaba en dar más detalles sobre él porque no quería exponerle a semejante ridículo. El papel de Katharina en ambos casos —en el asunto Götten y en el de la visita masculina— estaba por encima de cualquier sospecha. Katharina siempre había sido una chica

trabajadora, ordenada y un poco tímida o, mejor dicho, intimidada. En su niñez se mostraba incluso devota y fiel a la Iglesia. Pero, por entonces, a su madre, que cuidaba de la limpieza de la iglesia de Gemmelsbroich, se le habían podido comprobar irregularidades en repetidas ocasiones, y una vez incluso la sorprendieron bebiéndose una botella de vino de celebrar con el sacristán. Convirtieron aquel episodio en una «orgía» y un escándalo, y el cura trató mal a Katharina en el colegio. Sí, la señora Blum, madre de Katharina, se había mostrado muy inestable, y en determinadas épocas buscaba consuelo en el alcohol. Pero era preciso imaginar al marido enfermizo —el padre de Katharina—, quejándose a cada momento, pues había regresado de la guerra hecho un cadáver viviente, y al hermano —si puede considerársele tal—, un auténtico descastado. Era, en verdad, una situación como para amargar a cualquiera... La señora Woltersheim se refirió a continuación al fracaso matrimonial. Desde el principio, había aconsejado a Katharina que no se casara, pues Brettloh era —con perdón— el típico lameculos, que se portaba de un modo tan rastrero con las autoridades civiles como con las eclesiásticas; además, era un repugnante fanfarrón. Consideraba el prematuro matrimonio de Katharina como una fuga del terrible ambiente de su casa, y resultaba claro que en cuanto la muchacha se hubo liberado de dicho ambiente y del vínculo contraído de manera tan irreflexiva, su vida transcurrió del modo más ejemplar. Su capacidad profesional estaba por encima de toda duda: este extremo lo podía confirmar ella misma —la Woltersheim— no sólo verbalmente sino, en caso necesario, también por escrito, ya que pertenecía al tribunal de exámenes del gremio. Con la nueva tendencia a disponer un *buffet* frío en las fiestas privadas y públicas, aumentaban las posibilidades de una mujer como Katharina Blum, que en materia de organización, cálculo y estética, reunía las mejores condiciones. Pero si en aquel momento no se lograba una rectificación por parte del PERIÓDICO, Katharina perdería el interés por su profesión, como lo había perdido ya por su casa. En este punto de la declaración, también a la señora Woltersheim le hicieron saber que no era asunto de la policía o del fiscal «perseguir ciertas formas desde luego condenables del periodismo».

No se debía atentar contra la libertad de prensa, pero podía estar segura de que una denuncia privada se resolvería con justicia, y que se presentaría una acusación contra quien fuera responsable de obtener informaciones ilegales. Fue el joven fiscal doctor Korten quien pronunció aquí un discurso apasionado en defensa de la libertad de prensa y en favor de los secretos de la información, subrayando expresamente que quien no frecuentaba malas compañías tampoco daba a la prensa motivo para que tergiversara los hechos.

Todo el asunto —por ejemplo, la aparición de Götten y del ominoso Karl, disfrazado de jeque— permitía llegar a conclusiones acerca de cierta despreocupación en el trato social. Este punto no le parecía lo bastante claro, y

esperaba encontrar unas explicaciones convincentes en el interrogatorio de las dos jóvenes que asistieron a la fiesta. A la señora Woltersheim no se le podía ahorrar el reproche de mostrarse poco delicada en la elección de invitados. La interesada protestó contra esta intromisión de un hombre considerablemente más joven que ella, recordó haber invitado a las dos muchachas para que acudieran a la fiesta en compañía de sus amigos, y manifestó que, desde luego, no tenía por costumbre pedir a los amigos de sus invitados el documento de identidad y el certificado de antecedentes penales. Recibió una reprimenda y le llamaron la atención sobre el hecho de que la edad no contaba para nada en aquel asunto, pero que, en cambio, sí desempeñaba un papel considerable la posición del fiscal doctor Korten. Al fin y al cabo, se estaba investigando un caso serio y grave, si no el caso más grave de violencia al que Götten estaba notoriamente vinculado. Ella debía dejar a la consideración del ministerio fiscal los detalles que importaban y las diligencias del caso. Preguntada de nuevo sobre si Götten y el visitante de Katharina podían ser una misma persona, la Woltersheim declaró que esta posibilidad se podía excluir del todo. Pero cuando inquirieron si conocía a dicho «visitante» personalmente, si lo había visto o encontrado alguna vez, se vio obligada a negarlo. Tampoco estaba enterada de un detalle íntimo tan importante como los extraños viajes en coche. Así pues, sus declaraciones fueron calificadas de no satisfactorias, y se la despidió provisionalmente «con una amonestación». Antes de abandonar la sala, la señora Woltersheim, a todas luces disgustada, declaró todavía que el tal Karl disfrazado de jeque le había parecido por lo menos tan sospechoso como Götten. Se pasó todo el tiempo hablando solo en el lavabo, y luego desapareció sin despedirse.

Habiéndose comprobado que la vendedora Hertha Scheumel, de diecisiete años, había llevado a Götten a la fiesta, se procedió a su interrogatorio. Estaba asustada; eso saltaba a la vista. Manifestó no haber tenido que ver nunca con la policía, y dio acto seguido una explicación bastante verosímil de sus relaciones con Götten:

—Vivo con mi amiga Claudia Sterm, que trabaja en una fábrica de chocolates, en un apartamento de una habitación, cocina y ducha —declaró—. Las dos somos de Kuir-Oftersbroich, y somos parientes lejanas de la señora Woltersheim y de Katharina Blum (a pesar de que la Scheumel quiso explicar su parentesco con más detalle, hablando de abuelos que habían sido primos y de primas de otros abuelos, se renunció a tales pormenores y se aceptó como satisfactoria la expresión «parientes lejanos»). Nosotros llamamos a la señora Woltersheim tía y consideramos a Katharina como prima. La tarde del miércoles, 20 de febrero de 1974, las dos, Claudia y yo, estábamos en apuros. Le habíamos prometido a tía Else llevar a nuestros amigos a su fiestecita, ya que faltaban parejas para bailar. Pero a mi amigo, que cumple su servicio militar en el cuerpo de exploradores de la *Bundeswehr*, le llamaron una vez más, repentinamente, para una patrulla. A pesar de que yo le aconsejé que no se presentara, no logré convencerle, porque ya se había despistado varias veces, y temía que le largaran un paquete. El amigo de Claudia estaba tan borracho a primeras horas de la mañana, que le tuvimos que llevar a la cama. Por eso decidimos ir al café Polkt, a ver si nos ligábamos allí a un par de tipos simpáticos, porque no queríamos quedar mal con tía Else. En el café Polkt siempre hay animación durante el carnaval. La gente se cita allí antes y después de las sesiones de baile, y una puede estar segura de encontrar a muchos jóvenes. El ambiente del café Polkt era muy agradable ya a primeras horas de aquella tarde. El joven de quien ahora sé que se llama Ludwig Götten, y que es un criminal buscado por la policía, me invitó a bailar, y durante el segundo baile le pregunté si le apetecía ir conmigo a una fiesta. Él aceptó en seguida. Dijo que acudiría muy gustoso, pues se encontraba de paso, no tenía alojamiento e ignoraba aún dónde iba a pasar la noche. En el momento en que me citaba con el tal Götten, Claudia bailaba a mi lado con un hombre disfrazado de jeque, y debieron de oír nuestra conversación, pues el jeque —más tarde supe que se llamaba Karl— preguntó a Claudia, dándose las de tímido, pero al mismo tiempo haciéndose el gracioso, si en la fiesta había un sitio para él. También estaba solo y no sabía dónde ir. Así nos salimos con la nuestra, y poco después nos fuimos en el coche de Ludwig —quiero decir del señor Götten— a casa de mi tía Else. Se trataba de un Porsche, no muy cómodo para cuatro personas, pero el camino tampoco era largo. A la pregunta de si Katharina sabía que iríamos al café Polkt para pescar a alguien, contesto que sí. Por la mañana llamé a Katharina a casa del abogado Blorna, donde trabaja, y le conté

que Claudia y yo tendríamos que acudir solas si no encontrábamos a alguien. También le informé de que iríamos al café Polkt. A ella no le gustaba la idea, y dijo que nosotras éramos demasiado confiadas e imprudentes. Katharina es muy especial para ciertas cosas. Así que me sorprendió que se «apropiara» casi en seguida de Götten y bailara durante toda la noche con él como si se conocieran desde siempre.

Claudia Sterm confirmó la declaración de su amiga Hertha Scheumel casi palabra por palabra. Tan sólo se contradijeron en un punto insignificante: Hertha bailó tres veces —no dos— con el jeque Karl, porque éste la había invitado antes que Götten. Y también Claudia Sterm se mostró sorprendida de que Katharina, que tenía fama de brusca, se hubiera confiado hasta el punto de intimar con Götten.

Aún se tuvo que interrogar a tres asistentes más a la fiesta: el comerciante textil Konrad Beitzers, de 56 años, amigo de la señora Woltersheim, y el matrimonio Hedwig y Georg Plotten, de 36 y 42 años respectivamente, ambos administrativos. Los tres relataron los hechos de forma análoga desde la llegada de Katharina Blum, de Hertha Scheumel en compañía de Ludwig Götten, y de Claudia Stern con el jeque Karl. En general, fue una fiesta agradable. Se bailó y se charló, y Karl resultó un tipo especialmente chistoso. Lo único molesto, por así decirlo, fue, según Georg Plotten, «el total acaparamiento de Katharina Blum por Ludwig Götten». Esta circunstancia confirió a la noche una atmósfera casi solemne, que no concordaba bien con una fiesta de carnaval. Después de que Katharina se hubo marchado con Ludwig, la señora Hedwig Plotten se fue a la cocina a buscar hielo, y le llamó la atención que el jeque Karl hablara a solas en el lavabo. Poco después, Karl había desaparecido sin despedirse.

Katharina Blum, a la que requirieron para un nuevo interrogatorio, confirmó la llamada telefónica de Hertha Scheumel, pero siguió negando haberse citado con Götten. No fue Beizmenne, sino el más joven de los dos fiscales, el doctor Korten, quien la invitó a reconocer que después de la llamada de Hertha Scheumel había telefoneado a Götten para enviarle al café Polkt, indicándole que se dirigiera a la Scheumel. Así podrían encontrarse en casa de la Woltersheim sin llamar la atención. El reconocimiento resultaba fácil, dado que la Scheumel era una rubia bastante llamativa. Mientras, Katharina Blum, casi indiferente, se limitó a negar con la cabeza, en tanto permanecía sentada estrechando entre sus manos los dos números del PERIÓDICO. Luego la despidieron, y ella abandonó la jefatura en compañía de la señora Woltersheim y del amigo de ésta, Konrad Beiters.

Cuando se comentaron otra vez las declaraciones firmadas, tras examinarlas en busca de posibles lagunas, el doctor Korten planteó la pregunta de si merecía la pena intentar localizar al jeque llamado Karl y aclarar el oscuro papel que desempeñaba en el asunto. Se mostró muy extrañado de que todavía no se hubiera iniciado ninguna pesquisa en tal sentido. Al fin y al cabo, Karl había aparecido en el café Polkt al mismo tiempo o quizás en compañía de Götten, y había logrado una invitación a la fiesta. Su papel le parecía a Korten poco claro si no sospechoso.

Al oír esto, los presentes se echaron a reír. Incluso la funcionaria Pletzer, siempre tan reservada, se permitió una sonrisa. La secretaria, señora Anna Lockster, dejó escapar una carcajada tan vulgar, que recibió una reprimenda de Beizmenne. Y como Korten aún no entendía, finalmente le instruyó su colega Hach. ¿No se había dado cuenta Korten de que el comisario Beizmenne, de manera intencionada, no había hecho referencia al jeque? Era evidente que se trataba de «uno de los nuestros», y las conversaciones solitarias en el lavabo no eran más que informaciones —aunque suministradas con torpeza— a sus colegas a través de un *walkie-talkie* para que persiguieran a Götten y a la Blum, de cuya dirección se enteraron mientras tanto.

—Y seguramente también está claro para usted, estimado colega, que en esta época de carnaval el disfraz de jeque es el mejor, pues, por motivos evidentes, esta temporada se lo prefiere al disfraz de vaquero.

—Naturalmente —añadió Beizmenne—, para nosotros estaba claro desde el principio que el carnaval facilitaría la desaparición a los bandidos y nos dificultaría su seguimiento, pues ya hacía treinta y seis horas que se vigilaba cada paso de Götten. Este, que, por cierto, no iba disfrazado, había pernoctado en una furgoneta Volkswagen situada en un aparcamiento del que más tarde robaría el Porsche, y se desayunó en una cafetería, en cuyo lavabo se afeitó y se cambió de ropa. No le hemos perdido de vista ni por un momento. Aproximadamente una docena de funcionarios disfrazados de jeques, vaqueros y españoles, todos provistos de *walkie-talkies* y haciéndose pasar por juerguistas, le seguían para poder informar inmediatamente sobre cualquier intento de establecer contactos. Todas las personas con las que se relacionó Götten hasta el momento en que entró en el café Polkt han sido identificadas:

»Un barman que le sirvió cerveza.

»Dos chicas con las que bailó en un establecimiento del barrio antiguo.

»El encargado de una gasolinera cerca del Holzmarkt, donde llenó el tanque del Porsche robado.

»Un quiosquero de la Matthiasstrasse.

»Un estanquero.

»Un empleado del banco donde cambió setecientos dólares americanos, cuyo origen probable era el atraco a otro banco.

»Todas estas personas han sido identificadas como contactos casuales, y las palabras que Götten intercambió con cada una de ellas no nos permiten deducir una clave. Pero no creo que la Blum haya sido un contacto casual. Su conversación telefónica con la Scheumel, la puntualidad con que aparecía en casa de la Woltersheim, así como la maldita intimidad y la ternura con que bailaron los dos desde el primer instante —y la rapidez con que se largaron— son otros tantos factores que parecen descartar la casualidad. Pero, sobre todo, lo más inverosímil es la declaración de la Blum en el sentido de que Götten se marchó sin despedirse, cuando está claro que ella le enseñó una salida del edificio que escapó a nuestra severa vigilancia. Nosotros no hemos perdido de vista el bloque de viviendas. Mejor dicho, el edificio en que vive ella. Naturalmente, no pudimos vigilar todo el complejo residencial, que casi tiene un kilómetro y medio cuadrado. Ella debe conocer una salida secreta, y sin duda se la mostró a Götten. Además, estoy seguro de que ha actuado como encubridora de él y, posiblemente, de otros, y sabe muy bien dónde se encuentra. Ya se han registrado las casas donde trabaja la Blum. Hemos llevado a cabo investigaciones en su pueblo, y se ha inspeccionado de nuevo la vivienda de la señora Woltersheim, mientras a ella la interrogaban aquí. Nada. Me parece más acertado dejarla libre, para que cometa un error, y es probable que la pista nos la dé la famosa visita masculina. También estoy seguro de que la salida secreta la conoce la señora Blorna, también llamada Trude la Roja, que, como arquitecto, intervino en el proyecto del complejo residencial.

En este punto debería quedar claro que el primer reflujo casi ha concluido, al pasar de nuevo del viernes al sábado. Se hará lo posible para evitar otros reflujos y también un exceso de intriga. Pero acaso no se puedan evitar del todo.

Tal vez sea interesante saber que Katharina Blum, terminado el interrogatorio del viernes por la tarde, rogó a Else Woltersheim y a Konrad Beitzers que la acompañaran a su piso, y que subieran con ella. Les confesó que tenía miedo, ya que el jueves por la noche, poco después de la llamada de Götten, le había ocurrido algo sumamente desagradable. (Cualquier observador neutral se vería forzado a reconocer su inocencia por el hecho de que hablara abiertamente —aunque no durante el interrogatorio— acerca de sus contactos telefónicos con Götten). A poco de haber hablado, pues, con Götten, después de colgar el teléfono, éste sonó de nuevo. Lo descolgó en seguida «esperando ansiosamente» que fuera Götten otra vez, pero no se escuchó su voz, sino la de otro hombre, «terriblemente baja», que le dijo, «casi en un susurro», muchas «palabras cínicas» y malsonantes. Lo peor era que el tipo se presentó como vecino de la casa, y añadió que si Katharina buscaba contactos tan lejanos porque tenía necesidad de caricias, él estaba dispuesto a ofrecérselas de todo tipo. Sí, esta llamada fue el motivo que la impulsó a pernoctar en casa de Else. Ella sentía miedo incluso del teléfono. Götten tenía su número, pero ella ignoraba el de él. Por eso continuó esperando sus llamadas y, a la vez, temiendo que sonara el teléfono.

Conviene añadir que a la Blum le aguardaban aún más sustos. El primero le llegó a través de su buzón, el cual, hasta el momento, había desempeñado un papel poco importante, pues se había abierto por simple rutina, pero sin resultados. La mañana de aquel viernes el buzón rebosaba, y desde luego no para satisfacción de Katharina, pues a pesar de que Else W. y Beitzers hicieron lo posible por interceptar cartas e impresos, la destinataria no dudó en abrir el correo —unos veinte envíos—, seguramente en espera de una señal de vida de su querido Ludwig. Pero no la encontró, y lo metió todo en su bolso. Representó un martirio la subida en ascensor, porque la compartieron con dos vecinos: un señor y una señorita. El primero, aunque parezca inverosímil, iba disfrazado de jeque, y con toda claridad se apresuró a distanciarse de Katharina hasta que, por suerte, se apeó en el cuarto piso. La señorita (parece no menos absurdo, pero la verdad es la verdad), disfrazada de andaluza, no se apartó un centímetro, sino que se colocó al lado de Katharina y la examinó con impertinencia y curiosidad a través de su antifaz, con sus «ojos pardos, insolentes y duros». Continuó más allá del octavo piso.

Advertencia: esto no es todavía lo peor. Al llegar a su piso, Katharina se agarró a Beitzers y a la señora W. porque oyó sonar el teléfono. Pero la señora W., más rápida que su ahijada, corrió hacia el aparato y lo descolgó. Su rostro adquirió una expresión

horrorizada y palideció. Se la oyó decir: «¡Maldito cerdo, maldito cerdo cobarde!», y luego, por prudencia, dejó el auricular descolgado.

En vano intentaron la señora W. y Beiters arrebatarse el correo a Katharina; ella estrechó el montón de cartas e impresos en sus manos, junto con los dos números del PERIÓDICO, que también extrajo de su bolso, e insistió en abrirlos. No pudieron evitarlo, y ella lo leyó todo de cabo a rabo.

Algunos textos no eran anónimos. Una carta firmada —la más extensa— procedía de una empresa llamada *Intim-Versandhaus*, y le ofrecía toda clase de artículos de *sex-shop*. Esto por sí solo representaba un golpe muy duro para el ánimo de Katharina, pero lo peor era que alguien añadió a mano: «Estas son las verdaderas caricias». En pocas palabras, o para expresarlo en términos estadísticos, los dieciocho envíos restantes consistían en:

—Siete tarjetas postales anónimas, escritas a mano, con groseras ofertas de relaciones sexuales. Todas tenían en común el empleo de la expresión «cerda comunista».

—Cuatro tarjetas postales anónimas con insultos de intención política, pero sin proposiciones deshonestas. Entre dichos insultos figuraban algunos como «intrigante roja» y «pájara al servicio del Kremlin».

—Cinco cartas conteniendo recortes del PERIÓDICO, que, en su mayor parte —tres o cuatro—, eran comentarios escritos al margen con tinta roja, del tenor siguiente: «Lo que Stalin no logró, tampoco lo conseguirás tú».

—Dos datos con reflexiones religiosas, escritos sobre unos folletos en los que podían leerse invitaciones como «vuelve a la oración, pobre niña perdida» y «arrodíllate y confiesa; Dios todavía no te ha abandonado».

Precisamente en aquel momento, Else W. descubrió un papel que habían introducido por debajo de la puerta, y que, por suerte, logró ocultar a Katharina: «¿Por qué no aprovechas mi repertorio de caricias? ¿Habré de obligarte? Soy tu vecino, al que has rechazado con tanto desprecio. ¡Cuidado!». La nota estaba escrita en mayúsculas, y Else creyó identificar la letra de un hombre de formación superior; acaso la de un médico.

Resulta sorprendente que ni la señora W. ni Konrad B. se extrañaran de que, a continuación, Katharina abriera el pequeño mueble bar, sacara una botella de jerez y otras de whisky, vino tinto y aguardiente de cerezas, y las estrellase, sin mostrar especial excitación, contra las impecables paredes. Las botellas se rompieron y se dispersó su contenido. Los acompañantes de Katharina se abstuvieron de intervenir. Luego, aquélla entró en su cocinita y procedió de igual manera con la salsa de tomate, el aceite, el vinagre, etc. E hizo lo mismo en su cuarto de baño con cremas, polvos y sales, y en su dormitorio con una botella de agua de Colonia.

A pesar de todo, no parecía excitada, y actuaba metódicamente y con tanta decisión que, como queda dicho, Else W. y Konrad B. no hicieron nada para detenerla.

Naturalmente, se han avanzado bastantes teorías que tratan de analizar el momento en que Katharina sintió los primeros deseos de asesinar, o cuándo ideó el plan del asesinato y decidió llevarlo a cabo. Algunos creen que bastó ya el primer artículo del jueves en el PERIÓDICO; otros consideran que el viernes fue el día decisivo, porque se había demostrado que las relaciones con el vecindario, tan importantes para Katharina, estaban deterioradas (por lo menos subjetivamente), y, con ellas, el interés que siempre tuvo por su piso. Estaban además las llamadas anónimas, las cartas sin firmar y, por si fuera poco, el PERIÓDICO del sábado y (¡con esto nos anticipamos!) el PERIÓDICO del domingo. ¿No huelgan estas especulaciones? ¡Ella se decidió por el asesinato, lo cometió, y basta! Seguro que en su interior algo se fue exacerbando, que los comentarios de su ex marido le irritaron de una manera especial, y, sobre todo, que si bien lo publicado en el PERIÓDICO DEL DOMINGO no tuvo un efecto decisivo, desde luego tampoco sirvió para tranquilizarla.

Antes de considerar definitivamente terminado el reflujo y volver al sábado, falta informar sobre lo que sucedió la noche del viernes al sábado en casa de la señora Woltersheim. Lo cierto es que transcurrió de manera sorprendentemente pacífica, a pesar de los fracasados intentos de Konrad Beiters, quien puso bailables en el tocadiscos, con ánimo de distraer a Katharina, a la que invitó a bailar incluso ritmos sudamericanos. También se malogró el intento de Beiters en el sentido de quitar importancia a los hechos y calificarlos de pasajeros. ¿No le habían ocurrido cosas peores?: la pobreza de la infancia, el matrimonio con el miserable de Brettloh, y el alcoholismo y la degeneración de la madre, que, al fin y al cabo, era la responsable del desliz de Kurt. ¿No estaba Götten seguro, de momento, y no era absurdo tomar en serio su promesa de ir a buscarla? ¿No era carnaval, y su situación económica estaba asegurada? ¿No existían personas tan gentiles como los Blorna y los Hiepertz, y, en el fondo, el «pisaverde presumido» —todavía vacilaba en llamar al visitante por su nombre— no era acaso un personaje divertido y en absoluto deprimente? En aquel momento, le contradijo Katharina recordando la «estupidez del anillo y el ridículo sobre», que tan serios problemas le habían acarreado y que, incluso, habían levantado sospechas contra Ludwig. ¿Cómo pudo saber ella que el pisaverde gastaría tanto dinero para presumir? No, no lo encontraba en absoluto divertido. Cuando hablaron de cosas prácticas —por ejemplo, si ella quería buscar otro piso y si no era el momento de pensar ya dónde—, Katharina esquivó el tema y declaró que lo único práctico que pensaba hacer era disfrazarse, por lo que pidió prestada a Else una sábana. Su idea, en vista de la moda de los jeques, era salir el sábado o el domingo disfrazada de beduina. En realidad, ¿qué había pasado para que la situación se agravase tanto? Casi nada, bien mirado. O, mejor dicho, casi exclusivamente cosas positivas, pues, al fin y al cabo, Katharina había encontrado «al hombre que esperaba», y «pasó con él una noche de amor». Bueno, la habían interrogado, y desde luego Ludwig no era precisamente un angelito. Luego salieron a relucir la habitual inmundicia del PERIÓDICO, los cerdos de las llamadas anónimas y los de las cartas. Pero la vida ¿no continuaba a pesar de eso? ¿No estaba Ludwig en lugar seguro y casi cómodo, como ella y sólo ella sabía? Ahora confeccionarían un disfraz de carnaval —un albornoz blanco—, y Katharina estaría guapa y encantadora.

La naturaleza acaba por reclamar sus derechos: uno se duerme, da cabezadas, vuelve a despertarse, da nuevas cabezas. ¿Bebemos una copa? ¿Por qué no? Una imagen completamente pacífica: una mujer joven que se ha dormido con sus labores, mientras otra mujer mayor y un hombre asimismo maduro se mueven en silencio a su alrededor para «dar a la naturaleza lo suyo». Esa naturaleza es tan fuerte que ni siquiera la despierta el teléfono que suena a las dos y media. ¿Por qué, de repente, las

manos de la sensata señora Woltersheim empiezan a temblar cuando descuelga? ¿Espera proposiciones deshonestas amparadas en el anonimato, como las que ha recibido una hora antes? Naturalmente, las dos y media de la madrugada es una hora inquietante para telefonar, pero ella toma el aparato, que Beiters se apresura a arrebatarse. Cuando él contesta «diga», cuelgan en seguida. El teléfono suena otra vez y de nuevo cuelgan cuando contesta Beiters, aun antes de pronunciar el «diga».

—Desde luego, existen personas que nos quieren mortificar desde que saben por el PERIÓDICO cómo nos llamamos y dónde vivimos. Es preferible dejar descolgado.

Y entonces deciden ahorrar a Katharina, por lo menos, el PERIÓDICO del sábado, pero ella ha aprovechado unos momentos en que Else W. se ha dormido y Konrad B. se está afeitando en el cuarto de baño, ha salido a la calle y, en pleno crepúsculo matutino, ha abierto el primer cajón del PERIÓDICO y ha cometido una especie de sacrilegio, porque ha abusado de la confianza del PERIÓDICO, al tomar un ejemplar sin pagarlo. En este momento se puede considerar que el reflujó ha terminado, pues es la hora precisa del sábado en que los Blorna se apean del tren nocturno con los vestidos arrugados y el ánimo irritado y triste. Y adquieren la misma edición del PERIÓDICO, que más tarde leerán en su casa.

Los Blorna viven una mañana del sábado desagradable, extremadamente desagradable, no sólo por culpa de la noche agitada y en blanco pasada en el coche cama, ni sólo por culpa del PERIÓDICO, del que dijo la señora Blorna: «Con esta peste persiguiéndonos por todo el mundo, en ninguna parte está uno seguro». La mañana tampoco fue desagradable sólo por los telegramas llenos de reproches de amigos influyentes, sino a causa de Hach, al que se llamó demasiado pronto; sólo eso, demasiado pronto (o demasiado tarde, habida cuenta que hubiese sido mejor llamarle ya el jueves por la mañana). No se mostró muy amable. Manifestó que el interrogatorio de Katharina estaba concluido, y que ignoraba si se dictaría contra ella auto de procesamiento. En aquel momento, seguro que ella necesitaba un apoyo, pero todavía no el de la justicia.

¿Habían olvidado que estaban en carnaval y que también un fiscal tiene derecho al descanso y a alguna fiesta? Bueno, de todos modos se conocían desde veinticuatro años antes, estudiaron juntos, cantaron a coro e incluso hicieron excursiones. Cuando a dos personas las unen tales vínculos no se da tanta importancia a los primeros minutos de mal humor, aunque una de ellas se sienta extremadamente incómoda. Luego, Blorna pidió más detalles, pero no por teléfono. Sí, a Katharina Blum se le imputaba algo, existían algunos puntos muy claros, y nada más. ¿Tal vez por la tarde, personalmente? ¿Dónde? En la ciudad. A ser posible, paseando. En el *foyer* del museo. A las 16.30. Ningún contacto telefónico con el piso de Katharina, con el de la señora Woltersheim, ni tampoco con el matrimonio Hiepertz. Resultaba desagradable para los Blorna advertir en su propia casa, de manera tan inmediata y clara, la falta de la mano ordenadora de Katharina. ¿Cómo era posible que en el transcurso de media hora, a pesar de haber hecho sólo un café y haber cogido pan, mantequilla y mermelada del armario, y de haber dejado el escaso equipaje en el recibidor, ya pareciera haberse producido un caos? Finalmente, hasta Trude estaba irritada, porque él le preguntaba una y otra vez dónde veía la relación entre los problemas de Katharina y Alois Sträubleder o Lüding, y ella no le ayudaba en absoluto, sino que, una y otra vez, se limitaba a insinuar, entre ingenua e irónica, que a él, generalmente, le gustaba el PERIÓDICO, pero que aquella mañana los dos números le ponían nervioso. Le preguntó si no le había llamado la atención una palabra, y cuando él, a su vez, preguntó qué palabra, Trude eludió la respuesta, diciéndole con sarcasmo que deseaba poner a prueba su perspicacia. Blorna volvió a leer una y otra vez «esta inmundicia, esta maldita inmundicia que nos persigue a través del mundo», y leyó de nuevo sin concentrarse, pues le renacía el disgusto por su comentario falsificado y por la alusión a Trude la Roja. Finalmente, capituló y pidió humildemente a Trude que le ayudara. Su desconcierto le restaba perspicacia y, además, desde hacía años,

trabajaba como abogado de empresas, y prácticamente nunca actuó como criminalista. A esto, su esposa respondió con aspereza:

—Lástima —pero luego mostró compasión y preguntó—: ¿No te extraña la expresión «visitas de caballeros»? ¿No te has dado cuenta de que yo la he empleado al referirme a los telegramas? ¿Calificaría alguien de caballero a ese Götting —no, Götten—, aun prescindiendo de su forma de vestir? Mira bien sus fotos. ¿Verdad que a un tipo así se le llama, en el lenguaje de unos vecinos metidos a espías, simplemente «un hombre»? Voy a aventurar un pronóstico: a lo más tardar dentro de una hora, recibiremos también nosotros la visita de un caballero, y además preveo disgustos, conflictos y, posiblemente, el fin de una vieja amistad. Disgustos a causa de Trude la Roja, y más graves aún a causa de Katharina, que tiene dos cualidades muy peligrosas: fidelidad y orgullo. Jamás reconocerá que le ha indicado a ese chico el camino para fugarse, camino que ella y yo hemos estudiado juntas. Tranquilo, querido, tranquilo: no se sabrá, pero, en el fondo, yo tengo la culpa de que este Götting —no, Götten— pudiera escapar sin ser visto. Tú, seguramente, ya no recuerdas que en la pared de mi dormitorio tenía el plano de todas las instalaciones de calefacción, ventilación, canalización y electricidad de «Viva elegantemente junto al río». En dicho plano, la calefacción estaba señalada en rojo, la ventilación en azul, la instalación eléctrica en verde y la canalización en amarillo. Aquello fascinaba de tal modo a Katharina —ella es una persona ordenada y metódica, casi genialmente metódica—, que una vez y otra vez se detenía ante el plano y me preguntaba por las relaciones y significados de aquella «pintura abstracta», como lo llamaba. Preguntaba, y yo estaba a punto de localizar una copia y regalársela. Me siento bastante aliviada por no haberlo hecho. ¡Imagínate! Hubieran encontrado una copia del plano en su piso, y entonces la teoría de la conspiración y la idea del escondite se hubieran visto perfectamente respaldadas, y establecida la relación Trude la Roja - bandidos - Katharina - visita de caballero. El plano, naturalmente, serviría para toda clase de ladrones y adúlteros que no quisieran ser vistos; constituiría la instrucción ideal para entrar y salir de forma inadvertida. Yo misma le expliqué cuál era la altura que tenían los diferentes pasadizos: dónde se puede andar derecho, dónde agachado y dónde hay que arrastrarse en caso de reventones de tuberías o cortocircuitos. Así, y sólo así, el joven y amable *gentleman* con cuyas caricias ella ahora tan sólo puede soñar, logró escapar de la policía, y si realmente es un atracador de bancos, habrá visto claro el sistema. Tal vez el caballero de la visita entrara y saliera también así. Estos bloques modernos de viviendas exigen métodos de vigilancia distintos de los que requieren las casas antiguas. En alguna ocasión has de darle la idea a la policía y al fiscal. Ellos vigilan las puertas principales, y tal vez el vestíbulo y el ascensor, pero existe, además, un ascensor para los trabajos de reparación, que conduce directamente al sótano, desde donde se arrastra uno varios centenares de metros,

levanta en alguna parte del exterior una tapadera y desaparece. Créeme: lo único que puede hacer ahora la visita es rezar, pues no le interesan los titulares del PERIÓDICO en relación con el asunto. Lo que le interesa es una manipulación directa y sólida de las investigaciones y de la información sobre él, y lo que teme, tanto como los títulos de la prensa, es la cara amargada y agria de cierta Maud, su legítima esposa, con la que, además, tiene cuatro hijos. ¿Nunca te diste cuenta de la alegría juvenil, casi desproporcionada —la alegría propia de un chico realmente simpático—, con que sacó a bailar a Katharina las pocas veces que lo hizo, y cómo se ofreció para acompañarla a casa, y qué defraudado se sintió cuando ella compró su propio coche? Era lo que necesitaba, lo que deseaba su corazón: una chica tan gentil como Katharina, no ligera, pero sí —¿cómo lo llamáis vosotros?— capaz de amar; seria y, sin embargo, joven y tan guapa que ella misma no lo sabía. ¿No ha alegrado también tu corazón de hombre?

Sí, en efecto: alegró su corazón de hombre, y él lo reconoció; reconoció también que sentía por ella más, mucho más que simpatía, y a Trude le constaba que alguna vez todos nosotros, y no sólo los hombres, deseamos, sin más, abrazar a alguien y tal vez no sólo eso. Pero Katharina, no. Ella nunca hubiera permitido que una amistad masculina se hubiera convertido en una «visita de caballero». Si algo le impidió al propio Blorna ser una de esas visitas o, mejor dicho, si ni tan siquiera llegó a intentarlo, no fue —Trude sabía lo que él quería decir— el respeto a su esposa sino el respeto a Katharina. Sí, respeto; casi veneración. Veneración afectuosa por su maldita inocencia, y más, más que inocencia... No sabía cómo expresarlo. Seguramente, era aquella reserva cordial de Katharina y —a pesar de que él le llevaba quince años y había alcanzado el éxito en la vida— la manera como Katharina había reorganizado su existencia deteriorada. En definitiva, ese sentimiento le hubiera impedido tomar una iniciativa aunque hubiera llegado a concebir una idea semejante. Hubiera tenido que destrozar su vida y a ella misma, tan vulnerable, tan condenadamente vulnerable. Si llegaba a enterarse de que la visita masculina había sido Alois, le daría una bofetada, sin más. Era preciso ayudar a Katharina. Ella no era capaz de soportar aquellos interrogatorios. Ahora era demasiado tarde y él debía localizar a toda costa a Katharina en el transcurso del día..., pero, en aquel momento, Trude interrumpió sus interesantes meditaciones, observando con su incomparable sarcasmo:

—En ese preciso instante llega la «visita de caballero».

Apresurémonos a dejar constancia de que Blorna no dio una bofetada a Sträubleder, que, en efecto, llegaba en un ostentoso coche de alquiler. No sólo queremos que corra poca sangre, sino que la mera descripción de violencia física, inevitable ya, debe reducirse al mínimo exigido por el deber informativo. Esto no significa que se produjera una mejora de la situación en casa de los Blorna; al contrario, empeoraba, pues Trude B. no podía resistir la tentación de saludar al viejo amigo, mientras seguía revolviendo el café en su taza:

—Hola, «visita de caballero».

—Supongo —dijo Blorna con timidez— que Trude ha acertado de nuevo.

—Sí —admitió Sträubleder—; la cuestión sólo estriba en determinar si es una muestra de tacto.

Podemos afirmar que se produjo una tirantez casi insoportable entre la señora Blorna y Alois Sträubleder cuando éste, en una ocasión, pretendió no precisamente conquistarla, pero sí flirtear con ella. A su manera, con sarcasmo, Trude le dio a entender que él no era tan irresistible como imaginaba; por lo menos en lo que a ella se refería. En tales circunstancias, no extrañará que Blorna condujera a Sträubleder directamente a su despacho y pidiera a su mujer que les dejara solos.

Entretanto, era preciso hacer todo lo posible para localizar a Katharina.

¿Por qué, de repente, le parece a uno tan desagradable su propio despacho, casi desordenado y sucio, a pesar de que no se ve ni una mota de polvo y todas las cosas están en su sitio? ¿Qué vuelve de repente tan repugnantes los sillones de cuero rojo, en los que se han hecho tan buenos negocios y mantenido tantas conversaciones confidenciales, y en los que se puede estar sentado de una manera realmente cómoda y escuchar música? ¿Y los estantes de la librería tan desagradables, y el Chagall de la pared tan sospechoso, como si se tratara de una falsificación hecha por el mismo autor? Los ceniceros, el encendedor, la botella de whisky... ¿Por qué sentir aversión hacia esos objetos inofensivos aunque costosos? ¿Qué hace tan insoportable un día desdichado después de una noche agitada, y vuelve la tirantez entre dos viejos amigos tan fuerte que casi saltan chispas? ¿Qué aversión se concibe contra las paredes de un tono amarillo suave, adornadas con pinturas modernas?

—Sí, sí —admitió Alois Sträubleder—; en realidad, sólo he venido para decirte que en este asunto ya no preciso tu ayuda. Otra vez has perdido los nervios en el aeropuerto, inmovilizado por la niebla. Una hora después de haber perdido los nervios o la paciencia se ha levantado la niebla, y todavía hubierais podido estar aquí alrededor de las 18.30. Incluso hubierais podido llamar desde Munich al aeropuerto y enteraros de que ya no existían impedimentos, pero erais incapaces de pensar con tranquilidad. Bueno, olvidémoslo. No andemos con tapujos: sin niebla y en un avión puntual hubierais llegado tarde, porque la parte decisiva del interrogatorio ya se había concluido y ya no se hubiera podido evitar nada.

—De todos modos, no puedo proceder contra el PERIÓDICO —se lamentó Blorna.

—El PERIÓDICO —explicó Sträubleder— no representa un peligro; está en manos de Lüding. Pero también hay otros periódicos, y a mí cualquier titular me parece bien, salvo si me relaciona con los bandidos. Una historia romántica con una mujer me produce, a lo sumo, dificultades privadas, pero no públicas. Ni siquiera me perjudicaría una foto con una mujer tan atractiva como Katharina Blum; además, ya están dando de lado la teoría de las visitas de caballeros, y ni las joyas ni las cartas acarrearán problemas, a pesar de que le regalé un anillo bastante valioso, que ha sido encontrado, y que le escribí algunas cartas, de las cuales sólo se halló un sobre. Lo malo es que ese Tötges escribe bajo seudónimo para algunas revistas las cosas que en el PERIÓDICO no puede publicar, y que Katharina le ha prometido una entrevista en exclusiva. De esto me he enterado hace pocos minutos por Lüding, que considera preferible que Tötges acepte. Así se obtiene ventaja sobre el PERIÓDICO, pero no se pueden controlar las demás actividades periodísticas de Tötges, que éste desarrolla a través de un hombre de paja. Parece que no estás informado de nada, ¿eh?

—No tengo la menor idea —respondió Blorna.

—Una rara situación para un abogado cuyo cliente soy yo. Esta es la consecuencia de haber perdido el tiempo en un tren, en vez de ponerte en contacto con el servicio meteorológico, que hubiera podido decirte que la niebla no tardaría en disiparse. Evidentemente, aún no has establecido contacto con Katharina, ¿verdad?

—No. ¿Y tú?

—Directamente, tampoco. Sólo sé que ha llamado hace cosa de una hora al PERIÓDICO, y que ha prometido a Tötges una entrevista exclusiva para mañana por la tarde. Él ha aceptado. Pero hay algo que me preocupa mucho más; que me llega a producir dolor de estómago (en aquel momento, la cara de Sträubleder parecía casi conmovida, y su voz reflejaba preocupación). A partir de mañana me puedes insultar como quieras, porque realmente he abusado de vuestra confianza; pero, por otra parte, vivimos en un país libre, donde también está permitida una vida amorosa libre, y debes creer que haría todo cuanto estuviera en mi mano por ayudar a Katharina. Incluso arriesgaría mi buen nombre, ya que —ríete si quieres— yo amo a esa mujer. Sólo que a ella ya no se le puede ayudar, y a mí, sí. Ella no se deja ayudar...

—Y contra el PERIÓDICO, contra esos cerdos, ¿tampoco la puedes ayudar?

—¡Dios mío! No debes dar tanta importancia a lo del PERIÓDICO. No se la des aunque ahora os apriete las clavijas. No discutamos sobre cierta clase de periodismo y acerca de la libertad de prensa. En una palabra, me gustaría que estuvieras presente en la entrevista como abogado mío y suyo, pues lo más delicado no ha salido a relucir hasta ahora ni en los interrogatorios ni en la prensa: hace medio año le entregué la llave de nuestra casa de Kohlforstenheim. Se puede decir que la obligué a tomarla. No se ha encontrado esa llave en el registro domiciliario ni en el personal, pero ella la *tiene* o, por lo menos, la tuvo, a no ser que la haya tirado. Se trata de simple sentimentalismo, si quieres llamarlo así, pero yo prefería que ella tuviera una llave de la casa porque me resistía a abandonar la esperanza de que me visitara alguna vez allí. Créeme que la ayudaría, la apoyaría, lo reconocería todo... Yo soy la «visita de caballero», pero sé que ella lo desmentiría. De su Ludwig, en cambio, jamás renegará.

Había algo nuevo y sorprendente en el rostro de Sträubleder, que despertó en Blorna casi compasión o, al menos, curiosidad. Era un sentimiento casi humilde. ¿O acaso celos?

—¿Qué pasa con las joyas, las cartas y, ahora, con la llave?

—¡Caramba, Hubert! ¿Todavía no lo entiendes? Es algo que no le puedo decir ni a Lüding, ni a Hach ni a la policía. Estoy seguro de que ha entregado la llave a su Ludwig, y que éste, desde hace dos días, se esconde en mi casa. Temo, simplemente, por Katharina, por los policías y también por ese estúpido joven que, sin duda, se encuentra en mi residencia de Kohlforstenheim. Quiero que desaparezca de allí antes

de que le descubran y, a la vez, quiero que le cojan para concluir el asunto. ¿Me entiendes ahora? ¿Qué me aconsejas?

—Podrías llamar allí; quiero decir a Kohlforstenheim.

—¿Y tú crees que contestará?

—Entonces debes llamar a la policía; no queda otro camino. Para evitar desgracias. Si es necesario, haz una llamada anónima. Si existe la más mínima posibilidad de que Götten se encuentre en tu casa, has de informar en seguida a la policía. Si no, lo haré yo.

—¿Para que mi casa y mi nombre aparezcan junto a ese bandido en los titulares? Yo había pensado otra cosa... Tal vez tú podrías ir a Kohlforstenheim, presentándote como mi abogado, para cuidar de mis intereses...

—¿En este momento? ¿En sábado de carnaval, cuando el PERIÓDICO ya sabe que he interrumpido mis vacaciones? ¿Y lo habré hecho para cuidar de tu casa de campo? ¿Para ver si la nevera funciona todavía, si el termostato de la calefacción está bien colocado, si no se ha roto ningún cristal, si el bar está completo y la ropa de cama seca...? ¿Para eso interrumpe sus vacaciones un famoso abogado de empresas, dueño de una lujosa villa con piscina y casado con Trude la Roja? ¿De veras te parece una idea inteligente, puesto que, con toda seguridad, los señores reporteros del PERIÓDICO vigilan todos mis movimientos? Apenas desciendo del coche cama, me voy derecho a tu casa de campo para comprobar si brotan los crocos prematuramente y si las campanillas de invierno ya han salido... En serio, ¿te parece una buena idea, aparte de que el simpático Ludwig ya ha demostrado que dispara bastante bien?

—¡Maldita sea! No sé si tu ironía y tus chistes son oportunos en este caso. Yo te pido, como abogado y amigo, un favor ni siquiera personal, sino más bien cívico, y tú me sales con «campanillas de invierno». Este asunto es desde ayer tan secreto, que hoy no hemos obtenido la menor información. Todo lo que sabemos, lo hemos leído en el PERIÓDICO, con el cual Lüding, por suerte, mantiene buenas relaciones. Ni el fiscal ni la policía telefonan al Ministerio del Interior, con el cual Lüding, en cambio, también está en buenas relaciones. Esto va a vida y muerte, Hubert.

En aquel momento entró Trude sin llamar, sosteniendo el transistor. Dijo tranquilamente:

—Ya no va a muerte; gracias a Dios, sólo a vida. Le han cogido. Ha disparado y le han disparado. Está herido, pero no grave. En tu jardín, Alois, en Kohlforstenheim, entre la piscina y la pérgola. Hablan de la lujosa villa valorada en medio millón, propiedad de un socio de Lüding. Por cierto, aún quedan caballeros: lo primero que ha dicho nuestro buen Ludwig es que Katharina no tiene nada que ver con el asunto; que se trata de una historia de amor absolutamente privada, que no tiene relación alguna con los delitos de que se le acusa. Por otra parte, sigue negando su culpabilidad. Es probable que debas renovar algunos cristales, Alois; ha habido

bastante tiroteo. Todavía no se ha pronunciado tu nombre, pero tal vez deberías llamar a Maud, que seguramente estará excitada y necesitará consuelo. Por cierto, al mismo tiempo que a Götten cogieron a tres de sus presuntos cómplices en otros lugares. Todo el asunto es considerado como un éxito personal de cierto comisario Beizmenne. Y ahora, querido Alois, márchate y, para variar, sé por una vez la «visita de caballero» de tu buena mujer.

No es difícil imaginar que, en aquel momento, en el despacho de Blorna, faltó poco para llegar a la agresión física, lo cual no hubiera encajado de ninguna manera en el ambiente y la decoración de la estancia. Dicen que Sträubleder —*dicen*— intentó coger a Trude por el cuello, y si no llegó a hacerlo fue porque el marido recordó a Alois que no se debía atentar contra una dama. A lo cual Sträubleder dicen —*dicen*— respondió que no estaba seguro de si la definición *dama* era adecuada para una mujer con una lengua tan afilada, y que ciertas palabras no se debían emplear irónicamente en determinadas circunstancias, sobre todo para hablar de sucesos trágicos. Si otra vez, una sola vez, escuchaba la expresión ominosa, entonces... Entonces, ¿qué? Pues que todo se acabaría. Apenas Sträubleder abandonó la casa, Blorna se apresuró a regañar a Trude por haberse pasado, quizá, de la raya. Pero ella le interrumpió para anunciarle:

—La madre de Katharina ha muerto esta noche. He localizado a Katharina en Kuir-Hochsackel.

Antes de iniciar las últimas maniobras de desvío, de cambio de conducta y desorientación, se ha de permitir un comentario digamos técnico. En esta historia pasan demasiadas cosas. La desventaja radica en que hay tanta acción, que difícilmente puede darse más. Desde luego, resulta bastante triste que una empleada de hogar, trabajadora por cuenta propia, mate a un periodista a tiros; un caso así por lo menos debe intentar aclararse. Pero ¿qué se hace con un abogado famoso que por culpa de una empleada de hogar interrumpe sus merecidas vacaciones de invierno? ¿Y con un industrial que, además, es profesor y *manager* de un partido político? Este último personaje, guiado por un sentimentalismo poco maduro, insiste en entregar a la empleada de hogar en cuestión las llaves de su chalé, y se las ofrece de una manera importuna, sin ningún éxito, como se sabe. Por una parte desea publicidad, pero sólo de determinada clase. Todos estos datos, circunstancias y personas resultan imposibles de sintonizar, y constantemente perturban el flujo (o sea el curso lineal de la acción) porque su situación en el relato no puede modificarse. ¿Qué se hace con funcionarios criminalistas que exigen y logran constantemente que se les permita el espionaje telefónico? En resumen: todo el asunto es demasiado permeable. Sin embargo, en el momento decisivo, aunque se pueda saber algo (por ejemplo, gracias a Hach y a algunos funcionarios de la policía), nada, absolutamente nada de lo dicho resulta válido, porque nadie lo declararía y menos lo confirmaría ante un tribunal. Carece, en efecto, de fuerza probatoria. No tiene el más mínimo valor en ese sentido. Tal es el caso, por ejemplo, del asunto del espionaje telefónico. Desde luego sirve a la investigación, pero el resultado —no obtenido por la misma autoridad investigadora— no sólo no debe ser utilizado sino tan siquiera mencionado en una audiencia pública. Ante todo, ¿qué pasa en el cerebro de un espía? ¿Qué piensa un funcionario honrado que se limita a cumplir con un deber que (aun repugnándole, probablemente) le proporciona el sustento?; ¿qué piensa cuando debe escuchar a aquel vecino desconocido, a quien vamos a llamar aquí el oferente de caricias, que telefonea a una persona tan gentil, atildada, casi sin tacha como Katharina Blum? ¿Se excita moral o sexualmente, o ambas cosas? ¿Se indigna, siente compasión, se divierte tal vez de una manera especial cuando las proposiciones, en forma de gemidos afónicos y de amenazas, hieren las profundidades del alma de una persona que lleva el apodo de «la Monja»? Bueno, ¡ocurren tantas cosas en primer plano! Pero más aún en segundo plano. ¿Qué piensa un espía inofensivo que se limita a trabajar por su sustento, cuando, por ejemplo, cierto Lüding, que aquí se ha mencionado ocasionalmente, llama a la redacción principal del PERIÓDICO y dice: «Saquen a S. en seguida, pero encierren a B. a cal y canto»? Naturalmente, a Lüding no le espían porque él deba ser vigilado, sino porque existe el peligro de que reciba llamadas de chantajistas,

gángsteres, políticos, etc. ¿Cómo puede saber un espía honrado que con S. se refieren a Sträubleder y con B. a Blorna, y que en la edición del domingo del PERIÓDICO ya no se hablará de S., pero sí, y mucho, de B.? Y, sin embargo, ¿quién puede saber o tan sólo figurarse que Blorna es un abogado al que Lüding aprecia mucho, y que ha demostrado innumerables veces su habilidad en asuntos nacionales e internacionales? A ello nos referimos cuando en otro lugar mencionamos fuentes que «no llegan a confluir». Sucede como en el cuento de los príncipes, a los que la monja apagó la vela por equivocación, con lo que provocó la muerte del príncipe^[1].

La señora Lüding ordena a la cocinera que llame a la secretaria de su marido y le pregunte qué le gustaría a Lüding el domingo para postre: ¿tortillas con semilla de adormidera? ¿Fresones con helado y nata o sólo con helado o sólo con nata? A lo cual la secretaria, que no quiere molestar a su jefe, pero conoce sus gustos, y que tal vez sólo pretende ocasionar disgustos y conflictos, le responde con reticencia que está completamente segura de que el señor Lüding preferiría, el domingo, flan de caramelo con salsa de crocante. La cocinera, que también conoce las preferencias de Lüding, le replica que esto es nuevo para ella, y pregunta a la secretaria si está segura de no confundir su propio gusto con el del señor Lüding, y si no puede comunicar con éste para interrogarle acerca de sus deseos. A lo cual contesta la secretaria, que a veces le acompaña en sus conferencias y come con él en algún Palace-Hotel o Inter-Herberge; que cuando viajan *juntos*, su jefe siempre come flan de caramelo con salsa de crocante. A esto replica la cocinera:

—Pero el domingo no viaja con usted.

Y la secretaria:

—¿No sería posible que del postre del señor Lüding se encargara la compañía?

Etcétera. Por último, se discute detalladamente sobre tortillas con semilla de adormidera. ¡Y toda esta conversación se graba en cinta magnetofónica a costa del contribuyente! El que escucha la cinta y que, claro está, debe averiguar si se ha utilizado el código secreto de los anarquistas, si tortilla quiere decir granadas de mano, y helado con fresones tal vez signifique bombas, es probable que piense: «¡Qué preocupaciones tiene esta gente!». O bien: «Me gustaría no tener otras cosas en que ocuparme», pues a él acaso se le acabe de escapar de casa la hija, o el hijo sea drogadicto, o hayan vuelto a subirle el alquiler. Y todas estas grabaciones se efectúan sólo porque, en una ocasión, amenazaron con un atentado a Lüding. De este modo se entera por fin un inocente funcionario empleado de lo que son tortillas con semilla de adormidera; un funcionario al que una sola de esas tortillas le bastaría como plato principal.

Ocurren demasiadas cosas en primer plano y no sabemos nada de lo que sucede en segundo. ¡Si fuera posible escuchar las cintas! Así nos enteraríamos, por fin, del grado de intimidad entre, por ejemplo, Else Woltersheim y Konrad Beiters. ¿Qué

significa la palabra amigo cuando se trata de ellos dos? ¿Le llama tesoro, cariño o, simplemente, Konrad o Conny? ¿Qué clase de ternezas intercambian, si es que lo hacen? ¿Tal vez él, de quien se sabe tiene voz de barítono —si no de solista por lo menos de corista—, le canta por teléfono? ¿Serenatas? ¿Coplas? ¿Arias? ¿O se refieren con palabras groseras a intimidades habidas o por haber? Tendría interés saberlo, pues como casi todas las personas carecen de facultades telepáticas, se deciden por el teléfono, que les parece más seguro. ¿Se dan cuenta las autoridades de lo que exigen de sus funcionarios en materia psicológica? Supongamos que una persona vulgar, sospechosa por algún motivo, cuyo teléfono se ha intervenido, llama a su no menos vulgar compañero del otro sexo. Como vivimos en un país libre y podemos hablar abiertamente por teléfono, ¿qué conversaciones habrá de escuchar el funcionario, posiblemente casto y austero, en la cinta magnetofónica? ¿Se puede justificar esto? ¿Le aseguran tratamiento psiquiátrico? ¿Qué dice a *esto* el sindicato de servicios públicos, transporte y circulación? Nos preocupamos de los industriales, los anarquistas y los directores, atracadores y empleados de banco, pero ¿quién se preocupa de nuestro «ejército nacional de las cintas magnetofónicas»? ¿Dónde está el comentario de las Iglesias? Y a la conferencia episcopal de Fulda y al comité central de los católicos alemanes, ¿no se les ocurre nada? ¿Por qué se calla el papa? ¿Nadie imagina lo que deben escuchar oídos inocentes, desde el flan de caramelo hasta las más crudas groserías? Se convoca a la juventud para la carrera de funcionario. Y ¿a dónde conduce ésta? A manos de unos pervertidos que hablan por teléfono. En este ámbito podrían colaborar las Iglesias y los sindicatos. Por lo menos, se podría elaborar un programa de formación de espías telefónicos, consistente en unas cintas con clases de historia. Esto no cuesta mucho.

Arrepentido, vuelve uno al primer plano, reanuda el inevitable trabajo de canalización y ya se ve de nuevo obligado a dar explicaciones. Se prometió que no correría más sangre, y es importante determinar que con la muerte de la señora Blum, madre de Katharina, no se ha faltado a la promesa. En efecto, no se trata de un suceso sangriento, aunque tampoco de un caso de muerte del todo natural. Su óbito fue provocado violenta pero no intencionadamente. En ningún caso —preciso es señalarlo— quien ocasionó su muerte tuvo intenciones homicidas; ni siquiera se propuso causar una lesión. Se trata, como puede comprobarse y él mismo lo reconoció, de aquel Tötges que, por cierto, acabó también violentamente. Tötges ya había investigado el jueves en Gemmelsbroich para conocer la dirección de la señora Blum. La localizó, pero sus intentos de visitarla en el hospital fueron vanos. La portera, sor Edelgard, y el médico jefe, doctor Heinen, le comunicaron que la señora Blum, después de una complicada intervención realizada con éxito, para extirparle un tumor canceroso, necesitaba reposo absoluto; que su restablecimiento dependía de que no sufriera ninguna clase de excitaciones, y que por eso una entrevista no era aconsejable. A la observación de que la señora Blum, a través de la relación de su hija con Götten, también se había convertido en «personaje de actualidad», replicó el médico que dicho personaje era para él, ante todo, un paciente. Tötges, durante estas conversaciones, se dio cuenta de que en el hospital trabajaban pintores, y más tarde se vanaglorió ante sus colegas de que con el «truco más sencillo, el del operario» — echando mano de un blusón, un bote de pintura y una brocha— logró penetrar en la habitación de la señora Blum. La mejor información se obtiene de las madres, incluidas las enfermas. Él enfrentó a la señora Blum con los hechos, aunque no estaba seguro de que ella lo hubiera entendido todo, pues evidentemente ni sabía quién era Götten, pero sí dijo:

—¿Por qué tenía que acabar así? ¿Por qué?

Esta declaración la convirtió el PERIÓDICO en «tenía que acabar así». El pequeño cambio introducido lo justificó Tötges diciendo que él, como periodista, estaba acostumbrado a «ayudar a expresarse a las personas sencillas».

No se ha podido averiguar con certeza si Tötges logró llegar realmente a la habitación de la señora Blum o si inventó su visita y las palabras atribuidas a la madre de Katharina. En todo caso, las publicó en el PERIÓDICO como si procedieran de una entrevista. Así demostraría su habilidad periodística y, además, fanfarronearía un poquito. El doctor Heinen, sor Edelgard, una enfermera española llamada Huelva y la asistente portuguesa Puelco, consideran imposible que «ese tipo haya tenido semejante atrevimiento» (doctor Heinen). Esta visita a la habitación de la madre de Katharina, posiblemente inventada pero reconocida, fue sin duda decisiva, y no podemos por menos de preguntarnos si el personal del centro sanitario se limita a negar porque aquello no debía ocurrir, o bien Tötges inventó la entrevista para atribuir autenticidad a las declaraciones de la señora Blum. En este punto es preciso hacer justicia. Parece demostrado que Katharina se confeccionó su disfraz para efectuar pesquisas, precisamente en aquel bar del que salió el infeliz Schöner «con alguna juerguista», *después* de que el PERIÓDICO DEL DOMINGO publicara otro artículo de Tötges. Así que es preciso esperar. Está demostrado documentalmente que al doctor Heinen le sorprendió la repentina muerte de María Blum. «Aunque no pueda demostrar influencias imprevistas, tampoco las puedo excluir», manifestó. De ningún modo queremos imputar la responsabilidad a unos inocentes pintores. No debe mancharse el honor de los artesanos alemanes; ni siquiera sor Edelgard, como tampoco las señoritas extranjeras Huelva y Puelco, pueden garantizar; que todos los pintores —cuatro, de la casa Merkens, de Kuir— fuesen realmente pintores, y como cada uno trabajaba en distinto lugar, nadie puede saber con certeza si penetró alguien equipado con blusón, bote de pintura y brocha. Lo cierto es que Tötges *aseguró* (no se puede decir reconoció, ya que la realidad de su visita es indemostrable) haber entrevistado a María Blum, y Katharina se enteró de esta afirmación. El señor Merkens también admitió que, naturalmente, no siempre estaban los cuatro pintores a la vez en el edificio, y que si alguien hubiera querido penetrar haciéndose pasar por uno de ellos, le hubiera resultado fácil. El doctor Heinen dijo luego que demandaría al PERIÓDICO por la publicación de la entrevista con la madre de Katharina, y que provocaría un escándalo, pues si aquello era verdad lo consideraba monstruoso. Pero su amenaza quedó en el aire, lo mismo que la bofetada con que Blorna amenazó a Sträubleder.

Hacia el mediodía de aquel sábado, 23 de febrero de 1974, se reunieron por fin los Blorna, la señora Woltersheim, Konrad Beiters y Katharina en el café Kloog, de Kuir (el dueño era sobrino del hotelero en cuyo establecimiento Katharina, de recién casada, ayudó en ocasiones en la cocina y como camarera). Hubo abrazos y lágrimas, incluso por parte de la señora Blorna. Desde luego, también en el café Kloog reinaba ambiente de carnaval, pero el dueño, Erwin Kloog, que conocía y apreciaba a Katharina, cedió su sala de estar privada a los recién llegados. Desde allí Blorna habló por teléfono con Hach, y anuló la cita para la tarde en el *foyer* del museo. Informó a Hach de la muerte repentina de la señora Blum, probablemente como consecuencia de la visita de Tötges, reportero del PERIÓDICO. Hach se mostró más suave que por la mañana, y rogó a Blorna expresara su pésame a Katharina, quien, seguramente, no le guardaba rencor, pues carecía de motivo para ello. Por lo demás, él estaría en cualquier momento a su disposición. Aunque era cierto que se hallaba muy ocupado con los interrogatorios de Götten, buscaría el tiempo necesario. Por lo demás, hasta aquel momento, dichos interrogatorios no habían arrojado ningún agravante sobre Katharina. Él se refirió a ella con gran simpatía y respeto, pero no se podía esperar el permiso de visita porque no eran parientes, y el término «prometida» con seguridad resultaría demasiado vago y poco convincente.

Parece ser que Katharina, al recibir la noticia de la muerte de su madre, no se desmayó precisamente. Casi parecía sentirse aliviada. Desde luego, enfrentó al doctor Heinen con el número del PERIÓDICO en el que se comentaba la entrevista de Tötges y se citaba a su madre, pero ella no compartía en absoluto la indignación que dicha entrevista suscitó en el médico. Opinaba tan sólo que aquellas gentes eran asesinos por partida doble, pues terminaban con la vida y la reputación de las personas. Ella, claro está, despreciaba a aquel periodista, cuya misión consistía en arrebatar su honor, su prestigio y su salud a personas inocentes. El doctor Heinen, que por error pensó que su interlocutora era marxista (es probable que leyera en el PERIÓDICO las supuestas declaraciones de Brettloh, el ex marido de Katharina), estaba algo inquieto por la indiferencia de su interlocutora, y le preguntó si opinaba que el método utilizado por el PERIÓDICO era resultado de la estructura. Katharina no sabía lo que quería decir, y negó con la cabeza. Luego, se hizo acompañar por sor Edelgard al depósito de cadáveres, en el que entró junto con la señora Woltersheim. La propia Katharina levantó el paño mortuorio del rostro de su madre, asintió y la besó en la frente. Cuando sor Edelgard la invitó a pronunciar una breve oración, negó con la cabeza y respondió:

—No.

Volvió a tapar el rostro de su madre, dio las gracias a la monja, y luego, al

marcharse, comenzó a llorar, primero suavemente, luego con más violencia y, por último, con el mayor desconsuelo. Tal vez pensaba también en su fallecido padre, a quien viera por última vez de niña, a los seis años, en la sala de duelos de un hospital. Else Woltersheim se daba cuenta de que nunca había visto llorar a Katharina, ni siquiera cuando de pequeña sufría en el colegio o a causa de su ambiente familiar. De un modo muy cortés, casi amable, Katharina insistió en dar también las gracias a las dos señoritas extranjeras, Huelva y Puelco, por todo cuanto habían hecho por su madre. Abandonó el hospital con resignación, y no dejó de recordar a la administración del establecimiento que informara a su hermano mediante un telegrama. Se mantuvo serena durante toda la tarde y la noche. A pesar de que sacaba una y otra vez los dos ejemplares del PERIÓDICO y enfrentaba a los Blorna, a Else W. y a Konrad B. con todos los detalles y con su interpretación de los mismos, su actitud hacia el PERIÓDICO parecía haber cambiado. O, para emplear términos al uso: se diría que predominaba en ella lo analítico sobre lo emotivo. Con el grupo de personas citadas, que le eran familiares y con quienes mantenía vínculos de amistad, también habló abiertamente en la sala de estar de Erwin Kloog acerca de sus relaciones con Sträubleder: una vez, después de una fiesta en casa de los Blorna, él la había acompañado a su casa, y a pesar de que lo rechazó severamente, casi con repugnancia, la siguió hasta el vestíbulo e incluso hasta su piso, llegando a impedirle, con el pie, cerrar la puerta. La importunó y se sintió ofendido porque ella no le consideraba en absoluto irresistible. Finalmente, pasada ya la medianoche, se marchó. Desde aquel día la persiguió con asiduidad, se presentó en su casa una y otra vez, le envió flores, le escribió cartas y, en alguna ocasión, logró penetrar en su piso. Una de esas veces, le obligó a aceptar el anillo. Esto era todo. Ella no confesó sus visitas o, mejor dicho, no indicó su nombre porque le pareció imposible explicar a los funcionarios que la interrogaban que no había habido nada entre ellos, absolutamente nada; ni siquiera un beso. ¿Quién creería que ella se había resistido a una persona como Sträubleder, que no sólo era rico sino que en los círculos políticos, económicos y científicos tenía fama por su irresistible gracia, casi de actor de cine? ¿Quién creería que una empleada de hogar como ella se había resistido a un actor de cine, y ni siquiera por motivos morales, sino, simplemente, porque no le agradaba? En efecto, no le interesó lo más mínimo, y ella consideraba toda la historia de las visitas de caballeros como la más detestable penetración en una esfera que no quería calificar de íntima, porque eso podría dar lugar a interpretaciones falsas, pues entre Sträubleder y ella no había habido la menor intimidad. Por su culpa se encontraba ahora en una situación que no podía explicar a nadie, y menos a unos funcionarios dedicados a interrogarla. Recordó, riendo, que acabó por sentir cierto agradecimiento hacia él, ya que la llave de su casa había sido importante para Ludwig, o por lo menos la dirección, pues —en este punto volvió a reírse— Ludwig seguramente hubiera

entrado también sin llave. Pero ésta, en cualquier caso, facilitó las cosas. A ella le constaba que durante el carnaval el chalé permanecería vacío, pues precisamente dos días antes Sträubleder la molestó de nuevo e insistió en que aceptara pasar allí el fin de semana. Eso sucedió antes de que se comprometiera a tomar parte en el congreso en Bad B. Sí, Ludwig le confesó que la policía le buscaba, pero se limitó a explicar que era desertor de la *Bundeswehr* y que estaba a punto de marcharse al extranjero. Por tercera vez se echó a reír Katharina, cuando contó que se divirtió acompañándole a través de los pasillos de la red de calefacción, y que le indicó la salida de emergencia. Esta se hallaba al final de «Viva elegantemente junto al río», en la esquina de la Hochkeppelstrasse. No, ella no creyó que la policía los vigilaba, sino que vivió aquel episodio como una especie de aventura, y tan sólo por la mañana — Ludwig ya se había marchado a las seis— se le hizo saber la gravedad del asunto. Se mostró aliviada al enterarse de que Götten estaba detenido.

—Ahora —comentó— ya no podrá hacer tonterías. Durante todo el tiempo tuve miedo; ese Beizmenne me inquietaba.

Es preciso consignar que la tarde y la noche del sábado resultaron casi agradables, tan agradables que todos —los Blorna, Else Woltersheim y Konrad Beiters— se tranquilizaron bastante. Finalmente, la situación le pareció a todos «relajada», incluso a Katharina. Götten detenido, los interrogatorios de Katharina terminados, la madre de Katharina liberada prematuramente de una grave enfermedad por la muerte, y las formalidades para el entierro ya iniciadas. En Kuir, en efecto, les prometieron todos los documentos necesarios para el lunes de carnaval, en que un amable funcionario se mostraría dispuesto a expedirlos a pesar de ser día festivo. Finalmente, también resultaba consolador que el dueño del café, Erwin Kloog, se negara en redondo a admitir el pago de la consumición (café, licores, ensalada de patatas, salchichas y pasteles). Al despedirse dijo:

—¡Ánimo, pequeña Katharina! Aquí no todos piensan mal de ti.

El consuelo que procuraban estas palabras era relativo, pues ¿qué significa «no todos»? Pero, en cualquier caso, no eran «todos». Acordaron ir a casa de los Blorna a pasar allí el resto de la noche. A Katharina le prohibieron estrictamente que entrara en acción para poner orden. Estaba de vacaciones y debía relajarse. La señora Woltersheim preparó en la cocina los bocadillos, mientras Blorna y Beiters se ocupaban de la chimenea. Katharina, «por una vez, dejó que la mimaran». La reunión llegó a animarse tanto, más tarde, que, de no mediar una muerte y la detención de una persona querida, seguramente hubieran bailado un poco. Al fin y al cabo, era carnaval.

Blorna no logró convencer a Katharina de que anulara la entrevista con Tötges. Se mantuvo tranquila y muy amable, y más tarde —cuando la entrevista demostró ser eso, una «entrevista»— Blorna se estremecía al recordar con qué aplomo y decisión insistió Katharina en celebrarla y con qué energía rechazó su ayuda. Sin embargo, no estaba ciertamente seguro de que Katharina hubiera decidido el asesinato ya aquella noche. Le parecía mucho más probable que la empujara la lectura del PERIÓDICO DEL DOMINGO. Se separaron con cordialidad y se abrazaron, pero esta vez sin lágrimas, después de haber escuchado música seria y ligera, y de haber contado Katharina y Else Woltersheim algo de su vida en Gemmelsbroich y Kuir. Eran sólo las diez y media cuando Katharina, la señora Woltersheim y Beiters, con recíprocas muestras de amistad y simpatía, se separaron de los Blorna, que se sentían dichosos de haber regresado a tiempo (a tiempo para Katharina). Junto a la chimenea, cuyo fuego se estaba apagando, y ante una botella de vino, hicieron planes para sus nuevas vacaciones. También comentaron las particularidades del carácter de su amigo Sträubleder y de la mujer de éste, Maud. Cuando Blorna rogó a su esposa que en futuras visitas no usara la palabra «visita de caballero», pues debía reconocer que era

como nombrar la soga en casa del ahorcado, Trude Blorna observó:

—No creo que lo volvamos a ver tan pronto.

Se sabe con seguridad que Katharina pasó el resto de la noche tranquilamente. Se probó otra vez su disfraz de beduina, reforzó algunas costuras y se decidió a usar un pañuelo blanco en vez de velo. Todavía escucharon la radio, comieron unas pastas y luego se dispusieron a descansar. Beiters entró por vez primera abiertamente con la señora Woltersheim en el dormitorio de ésta. Katharina se acomodó en el sofá.

Cuando Else Woltersheim y Konrad Beiter se levantaron el domingo por la mañana, estaba el desayuno en la mesa, dispuesto de la manera más agradable. El café, filtrado, aguardaba en un termo. Katharina, que ya desayunaba con evidente apetito, leía mientras tanto el PERIÓDICO DEL DOMINGO. A partir de este momento, apenas se relatará; se citará. De acuerdo, la *story* de Katharina ya no aparecía con fotos en primera página. Allí estaba esta vez Ludwig Götten. El titular decía así: «El solícito amante de Katharina Blum descubierto en la villa de un industrial». La *story* en sí aparecía más ampliamente tratada que hasta el momento en las páginas 7-9, ilustrada con numerosas fotos: Katharina el día de su primera comunión; su padre, vestido con uniforme de cabo al regreso de la guerra; la iglesia de Gemmelsbroich; otra vez la villa de Blorna. Luego, la madre de Katharina cuando tenía unos cuarenta años, con un aspecto bastante amargado, casi degenerado, ante la casita de Gemmesbroich donde habían vivido. Finalmente, una foto del hospital donde la madre de Katharina murió durante la noche del viernes al sábado. He aquí el texto:

La primera víctima segura de la misteriosa Katharina Blum, que todavía se encuentra en libertad, ha sido su propia madre, que no superó el shock sufrido al tener noticia de las actividades de su hija. Si ya es bastante raro que esta última bailara con entrañada ternura con un atracador y asesino, mientras su madre se estaba muriendo, el hecho de que este fallecimiento no le arrancara una sola lágrima ya limita con la extrema perversidad. ¿Puede calificársela tan sólo de «fría y calculadora»? La esposa de uno de sus anteriores patronos, un prestigioso médico rural, la describe así: «Tenía maneras de prostituta. Hube de despedirla en atención a nuestros hijos adolescentes, a nuestra clientela y a mi propio marido». ¿Participó acaso Katharina B. en las estafas del famoso doctor Fehrn? (En su día, el PERIÓDICO informó sobre este caso). ¿Fue su padre un farsante? ¿Por qué su hermano se convirtió en un criminal? Siguen sin aclararse su rápido ascenso y sus elevados ingresos. Ahora se sabe definitivamente que Katharina facilitó la fuga a un Götten manchado de sangre, y que abusó sin consideraciones de la amistosa confianza y espontáneo altruismo de un prestigioso científico e industrial. El PERIÓDICO, mientras tanto, dispone de informaciones que representan una prueba casi irrefutable de que no recibía visitas de caballeros, sino que era ella quien hacía esas visitas sin ser llamada, para saquear casas ajenas. Parecen adquirir significado los misteriosos viajes en coche de la Blum. Puso en juego sin escrúpulos la fama, la felicidad familiar y la carrera política —de la que el PERIÓDICO ha

tratado en varias ocasiones— de una persona honorable, con una indiferencia absoluta hacia los sentimientos de una esposa digna y de cuatro hijos. Está claro que la Blum debía destruir la carrera de S. por orden de un grupo de izquierdas.

¿Es cierto que la policía y el fiscal pretenden dar crédito a las palabras del desvergonzado Götten, quien asegura que la Blum es inocente? El PERIÓDICO pregunta otra vez: ¿No resultan demasiado benévolos nuestros sistemas de interrogatorio? ¿Se debe ser humano con personas inhumanas?

Al pie de las fotos del señor y la señora Blorna y de su villa:

En esta casa servía la Blum desde las siete hasta las dieciséis horas, independiente y sin vigilancia, contando con la plena confianza del doctor Blorna y de su esposa. ¿Qué habrá ocurrido aquí mientras los desprevenidos Blorna estaban trabajando? ¿O no eran tan desprevenidos? Su relación con la Blum se califica de familiar, casi íntima. Los vecinos contaron a los periodistas que se podía adjetivar de amistosa. No mencionamos aquí ciertas alusiones porque no son del caso. ¿O quizá sí? ¿Qué papel desempeñó la señora doctora Gertrud Blorna, que en los anuarios de una famosa Escuela Técnica Superior figura todavía hoy como Trude la Roja? ¿Cómo pudo escapar Götten del piso de la Blum a pesar de que la policía le vigilaba? ¿Quién conocía los planos de construcción del conjunto residencial «Viva elegantemente junto al río», hasta el último detalle? ¡La señora Blorna! La vendedora Hertha Sch. y la trabajadora Claudia St. coinciden en su declaración al PERIÓDICO «Aquellos dos bailaron como si se conocieran desde siempre (se refieren a la Blum y al bandido Götten). No fue un encuentro casual; fue un reencuentro».

Cuando más tarde criticaron a Beizmenne por haber dejado libre durante casi cuarenta y ocho horas a Götten, de cuya presencia en la villa de Sträubleder ya estaba informado desde las 23.30 del jueves, y por haber arriesgado una nueva fuga del delincuente, el comisario se rió y dijo que a partir de la medianoche del jueves Götten ya no pudo tener ninguna posibilidad de escapar. La casa se encontraba en el bosque, pero estaba rodeada de candeluchos «a manera de atalayas», según se informó al ministro del Interior, quien estuvo de acuerdo con todas las medidas tomadas. En un helicóptero que, por supuesto, aterrizó a suficiente distancia para no ser oído, llegó una tropa especial que se repartió en los candeluchos. A la mañana siguiente, la policía local se reforzó en secreto con dos docenas de funcionarios. Lo más importante fue observar los intentos de contacto de Götten, y el éxito justificó el riesgo. Se pudieron descubrir cinco contactos. Y, naturalmente, hubo que localizar y detener a esas cinco personas antes de apresar al propio Götten, a quien no arrestaron hasta el momento en que se sintió tan seguro que le pudieron observar desde fuera. Algunos extremos importantes los debía Beizmenne a los reporteros del PERIÓDICO, a la empresa editora de éste y a los órganos relacionados con ella, que empleaban métodos ligeros y no siempre convencionales, para enterarse de detalles que las pesquisas oficiales no lograban descubrir. Por ejemplo, de esta manera se llegó a saber que no sólo el pasado de la señora Blorna, sino también el de la señora Woltersheim dejaba bastante que desear. La segunda, en efecto, había nacido en 1930, hija ilegítima de una obrera de Kuir. La madre vivía aún. ¿Y saben dónde? En la RDA, y no por obligación sino voluntariamente. En varias ocasiones, por vez primera en 1945, de nuevo en 1952 y por último en 1961, poco antes de la construcción del muro de la vergüenza, se le ofreció volver a Kuir, donde posee una pequeña casa y algo de tierra. Pero ella se negó expresamente en las tres ocasiones. Todavía más interesante era el padre de la Woltersheim, un tal Lumm, asimismo obrero y miembro del Partido comunista cuando nació su hija. En 1932 emigró a la Unión Soviética y allí, según dicen, desapareció. Beizmenne suponía que este tipo de desapariciones eran bien distintas de las que figuraban en las listas del Ejército alemán.

Para asegurarse de que determinados indicios relativamente claros no se pierden ni son objeto de interpretaciones erróneas, es preciso señalar que el PERIÓDICO, causante, a través de su colaborador Tötges, de la muerte —sin duda prematura— de la madre de Katharina, culpó a esta última de la muerte en la edición del domingo. Además, la acusó —más o menos abiertamente— de haber robado la llave de la villa de recreo de Sträubleder. Conviene insistir en estas dos falsas imputaciones, porque, además, el PERIÓDICO publicó muchas otras calumnias, mentiras y deformaciones de la realidad, más difíciles de captar.

El ejemplo de Blorna demuestra cuánta influencia podía ejercer el PERIÓDICO, incluso sobre personas bastante bien relacionadas. En la zona residencial donde vivían los Blorna, no se vendía, claro está, el PERIÓDICO DEL DOMINGO. Allí eran más exigentes. Blorna, creyendo que todo había pasado, y que sólo era de temer la entrevista de Katharina y Tötges, no se enteró del artículo del PERIÓDICO DEL DOMINGO hasta el mediodía, cuando llamó a casa de la señora Woltersheim. Esta, por su parte, creía que Blorna habría leído el PERIÓDICO DEL DOMINGO. Creemos haber dado a entender que Blorna era un hombre cordial y sinceramente preocupado por Katharina, pero también una persona realista. Cuando la señora Woltersheim le leyó por teléfono el artículo del PERIÓDICO DEL DOMINGO no se fió —como suele decirse— de sus sentidos (en este caso de un sentido en concreto: el oído), y se hizo leer otra vez el texto. Luego, estalló. Gritó, buscó en la cocina una botella vacía, la encontró y corrió con ella al garaje, donde, por suerte, encontró a su mujer, quien le impidió confeccionar un auténtico cóctel Molotov, que se proponía arrojar a la redacción del PERIÓDICO; más tarde, pensaba estrellar otro contra la residencia (principal) de Sträubleder. Conviene reflexionar sobre el asunto: un hombre de cuarenta y dos años, con formación académica, que desde hacía siete años contaba con el respeto de Lüding y de Sträubleder por su manera clara y realista de conducir las negociaciones a nivel internacional en el Brasil, en la Arabia Saudí, en Irlanda del Norte; o sea, que de ningún modo se trataba de un provinciano, sino de un hombre absolutamente cosmopolita. Pues bien: esta persona era la que se proponía confeccionar un cóctel Molotov.

La señora Blorna calificó su arranque de anarquismo espontáneo burgués-romántico, le ensalmó como se ensalma la parte enferma o irritada de un cuerpo, cogió el teléfono y pidió a la señora Woltersheim que le leyera el artículo del PERIÓDICO. Debemos reconocer que palideció bastante, y que luego tomó una iniciativa tal vez peor que arrojar un cóctel Molotov: descolgó de nuevo el teléfono, llamó a Lüding (que en aquel momento estaba ocupado con sus fresones con nata, y con helado de vainilla) y le dijo simplemente:

—Usted es un cerdo, un cerdo miserable.

Cierto es que no dio su nombre, pero se puede suponer que todos los conocidos de Blorna conocían la voz de su mujer, famosa por sus comentarios acertados y agudos. Su iniciativa, por otra parte, le pareció audaz en exceso a su marido, quien pensó que la conversación telefónica la había mantenido Trude con Sträubleder. Se suscitaron aún diversas disputas entre los Blorna y entre éstos y otros, pero como no costaron la vida a nadie, se nos permitirá que las pasemos por alto. Estas consecuencias intencionadas, aunque sin importancia, del artículo publicado por el PERIÓDICO DEL DOMINGO, sólo se mencionan aquí para explicar las razones que impulsaron a personas cultas y de buena posición a indignarse e incluso a planear los peores actos de violencia.

Está demostrado que a aquella hora —alrededor de las doce—, Katharina, después de haber estado en el bar Zur-Goldente durante hora y media sin que nadie la hubiera reconocido, probablemente recogiendo informaciones sobre la persona de Tötges, abandonó aquel local, punto de cita de los periodistas, para esperar en su piso al citado Tötges, que llegó aproximadamente un cuarto de hora más tarde. Sobre la entrevista no es preciso hablar. Sabemos cómo acabó (véase pág. 11).

Para comprobar la veracidad de la sorprendente declaración del párroco de Gemmelsbroich —sorprendente para todos los interesados—, en el sentido de que el padre de Katharina había sido un criptocomunista, Blorna se fue a pasar un día a aquel pueblo. Primero: el párroco confirmó su declaración, y reconoció que el PERIÓDICO había reproducido literal y correctamente sus palabras. No se hallaba en condiciones de aportar pruebas en apoyo de su afirmación, ni tampoco lo deseaba. Llegó a decir que ni siquiera las necesitaba; que aún se podía fiar de su olfato, y que él, simplemente, había olido que Blum era comunista. No quería definir su olfato, ni tampoco estaba dispuesto a ayudar a Blorna, que le rogaba la explicara cómo olía un comunista. En este punto —es lamentable tener que admitirlo—, el párroco se volvió bruscamente descortés, preguntó a Blorna si era católico, y cuando éste lo afirmó, el sacerdote le recordó su deber de obediencia, extremo que Blorna no entendía. Naturalmente, a partir de aquel momento tuvo dificultades en sus investigaciones acerca de los Blum, que al parecer nunca gozaron de especial simpatía. Tuvo que escuchar cargos graves contra la difunta madre de Katharina, que, en una ocasión, y en compañía del sacristán, al que acabó por despedir el párroco, vaciaron en la sacristía una botella de vino de celebrar. El hermano de Katharina resultó ser, por su parte, una auténtica desgracia. Y la única cita que probaba el comunismo del padre era un comentario que hizo éste al campesino Scheumel, en el año 1949, en uno de los siete bares del pueblo: «El socialismo no es lo peor». Más no se podía averiguar. El único resultado de las investigaciones fracasadas de Blorna fue que sobre el propio Blorna se lanzó la acusación de comunista, y —lo que le sorprendió más dolorosamente— por boca de una dama que, hasta el momento, le había brindado cierta ayuda e incluso le llegó a inspirar simpatía: la maestra retirada Elma Zubringer, que cuando él se despidió le sonrió irónicamente, le guiñó un ojo y le dijo:

—¿Por qué no reconoce que usted mismo es uno de ellos, y su señora aún más?

Desgraciadamente, no se pueden silenciar todas las violencias que se siguieron mientras Blorna preparó su defensa de Katharina. La mayor falta que cometió fue encargarse también de la defensa de Götten porque Katharina así se lo pidió, e intentar repetidas veces obtener un permiso para que ambos reclusos pudieran visitarse, insistiendo en que estaban prometidos. Adujo que la misma noche del 20 de febrero se celebró la petición de mano. Etcétera, etcétera. Uno puede figurarse las cosas que escribía el PERIÓDICO sobre él, Götten, Katharina y la señora Blorna. Pero todo esto no se mencionará ni citará aquí. Ciertas violaciones y cambios de nivel sólo se efectuarán en caso necesario, pero no ahora, porque ya se conoce el texto publicado por el PERIÓDICO. Se levantó el rumor de que Blorna quería divorciarse; rumor que carecía por entero de fundamento, pero que, a pesar de ello, sembró entre los cónyuges cierta desconfianza. Se aseguraba que su situación económica era mala, lo que resultaba tanto más grave porque era cierto. En efecto, el abogado había concluido con sus recursos, puesto que, por añadidura, se hizo cargo de la administración del piso de Katharina, difícil de alquilar y también de vender, pues se consideraba «manchado de sangre». En todo caso, perdía valor, y Blorna tuvo que pagar la amortización, los intereses, etc., al precio establecido. Incluso existían indicios de que la Haftex, promotora del complejo residencial «Viva elegantemente junto al río», pensaba demandar a Katharina Blum por daños y perjuicios, pues consideraba que el suceso había ocasionado una merma del valor social y comercial de aquellas viviendas. Y así, disgustos y más disgustos. Se denegó en primera instancia un intento para despedir a la señora Blorna del estudio de arquitectura donde trabajaba, a causa del abuso de confianza cometido al suministrar a Katharina información acerca de la infraestructura del complejo residencial, pero nadie estaba seguro de qué se decidiría en segunda y tercera instancia. Mientras tanto, el matrimonio ya había vendido su segundo coche, y hace poco el PERIÓDICO publicó una foto del «super coche» de Blorna, más bien elegante, es verdad, con este pie: «¿Cuándo tendrá que adoptar el abogado rojo el coche del hombre corriente?».

Naturalmente, también la relación de Blorna con la Lustra (Lüding und Sträubleder Investment) ha sufrido alteración, por no decir que se ha deshecho. Sólo se habla ya de «liquidaciones». De todos modos, Sträubleder hace poco le comunicó:

—No os dejaremos morir de hambre.

Lo sorprendente para Blorna fue que Sträubleder dijera «os» en vez de «té». Claro que aún trabaja para la Lustra y la Haftex, pero no ya a nivel internacional, ni tan siquiera nacional; sólo, y de manera esporádica, a nivel regional y, generalmente, a nivel local. Esto significa que ha de tratar con vulgares incumplidores de contrato y con denunciante que, por ejemplo, reclaman judicialmente un revestimiento de mármol que les ha sido prometido, pero que en realidad se les ha instalado de pizarra de Solnhofen. Tampoco faltan los tipos a los que se han prometido tres capas de esmalte en la puerta del cuarto de baño, rascan con un cuchillo, y encargan a un experto que dictamine la existencia de sólo dos capas. Y bañeras que gotean y tragabasuras defectuosos que se utilizan como pretexto para no efectuar los pagos en las fechas previstas en el contrato. Estos casos, pues, son los que ahora encargan a Blorna, mientras que antes, si no siempre sí muy a menudo, viajaba de Buenos Aires a Persépolis para colaborar en la elaboración de ambiciosos proyectos. En el Ejército, a esto se le llama una degradación, que, por lo general, resulta algo humillante. La consecuencia todavía no es úlcera, pero el estómago de Blorna empieza a quejarse. Lo grave es que él hizo pesquisas por su cuenta en Kohlforstenheim para enterarse, por el jefe de policía local, si en el momento en que detuvieron a Götten estaba puesta la llave por dentro o por fuera o si se forzó la puerta. ¿Para qué, si ya ha concluido el sumario? Esto —debe dejarse bien claro— no cura en absoluto las úlceras, por más que el jefe de policía se mostró muy amable con Blorna, a quien no acusó en ningún momento de comunista, pero le aconsejó insistentemente que no se metiera en el asunto. A Blorna le queda un consuelo: su mujer, que cada vez es más amable con él. Su lengua sigue tan afilada como siempre, pero ya no la usa contra su marido, sino exclusivamente contra los demás, aunque tampoco contra todos. Su idea de vender la villa, comprar el piso de Katharina y mudarse allí, de momento no se ha llevado a la práctica a causa del tamaño del piso, que resulta demasiado pequeño, pues Blorna quiere dejar su despacho de la ciudad y trabajar en casa. Él, que tenía fama de liberal con rasgos de *bon vivant*, que era apreciado por sus colegas y se caracterizaba por su gran alegría de vivir, y cuyas fiestas se veían muy concurridas, empieza ahora a mostrar rasgos de ascetismo y a despreocuparse por su aspecto, que siempre cuidó con mucho interés. Como realmente su manera de despreocuparse no es la que está de moda, algunos colegas aseguran, incluso, que ya no se asea lo más mínimo y que empieza a oler mal. Así, caben pocas esperanzas de una nueva carrera para él, pues la

verdad —aquí no queremos ocultar nada, absolutamente nada— es que su olor corporal ya no es el de antes, el de un hombre que por las mañanas salta con alegría de la cama y usa jabón, desodorante y colonia en abundancia. En resumen: está cambiando terriblemente. Sus amigos —todavía le quedan algunos, entre otros Hach, con el cual, además, se relaciona en el ámbito profesional, dada su intervención en los casos Ludwig Götten y Katharina Blum— están preocupados, sobre todo porque su agresividad —por ejemplo contra el PERIÓDICO, que, de vez en cuando, le obsequia con breves publicaciones sobre su persona— ya no estalla, sino que, evidentemente, se la traga. La preocupación de sus amigos llega hasta el punto de que han pedido a Trude Blorna que controle a su marido por si se procura armas o confecciona artilugios explosivos, pues Tötges ha encontrado un sucesor que, bajo el nombre Eginhard Templer, continúa las actividades del asesinado. El nuevo Tötges logró fotografiar a Blorna en el momento de entrar en una casa de empeños. Después, sin duda por haberlo observado a través del escaparate, informó a los lectores del PERIÓDICO sobre la negociación acerca del valor de un anillo, que el prestamista examinó con lupa. Pie de la foto: «¿Se han secado realmente las fuentes rojas o sólo finge estar arruinado?».

La mayor preocupación de Blorna es lograr que Katharina declare en el juicio que tomó la decisión de vengarse de Tötges el domingo por la mañana, y en ningún momento con intención de asesinarlo, sino con el simple propósito de escarmentarlo. Que era cierto que ya el sábado, cuando invitó a Tötges a una entrevista, se proponía decirle sin rodeos lo que pensaba de él, y llamarle la atención sobre cómo había destrozado su vida y la de su madre. Que tampoco quiso matarle el domingo, después de la lectura del PERIÓDICO de ese día. Deseaba evitar la impresión de que Katharina premeditó el asesinato días antes, y que lo realizó siguiendo un plan. Blorna intenta explicar a su defendida —que reconoce haber concebido la *idea de asesinar* ya el jueves, después de la lectura del primer artículo— que muchos, y él mismo el primero, tienen a veces la ocurrencia de asesinar a alguien, pero que es preciso establecer la distinción entre «idea de asesinar» y «plan de asesinato». Lo que además le inquieta es que Katharina persista en no arrepentirse, actitud que tampoco modificará en el tribunal. No está en absoluto deprimida, sino que siente una especie de felicidad por «vivir en las mismas condiciones que mi querido Ludwig». Es considerada presa ejemplar y trabaja en la cocina, pero si se demora la vista de la causa, será trasladada al departamento de economía. Se sabe que ni la propia administración ni los presos la esperan con agrado, a causa de la fama que la precede, y ante la perspectiva de que Katharina permanezca mucho tiempo en ese destino, acaso todo lo que dure su reclusión. Se calcula que el fiscal solicitará quince años, y que la condenarán a ocho o diez. Esta noticia corre y siembra el terror en todas las prisiones. Está visto que la integridad, unida a una inteligencia metódica, no se desea en ninguna parte, ni siquiera en las prisiones o en la administración.

Según una información confidencial de Hach a Blorna, es probable que no se pueda mantener en pie la acusación de asesinato contra Götten, y que, por tanto, no se formulará. Parece demostrado que no sólo desertó de la Bundeswehr, sino que además ha perjudicado (también material, no sólo moralmente) a tan benéfica institución. No cometió ningún atraco en un banco, sino que se apoderó de todo el contenido de una caja fuerte en la que estaba depositada la paga de dos regimientos, junto con notables reservas monetarias. Además, pesan sobre Götten las acusaciones de falsificación de balance y robo de armas. De modo que también se le pueden calcular unos ocho o diez años. Cuando cumpla su condena contará, pues, treinta y cuatro y Katharina, treinta y cinco. Ella, a pesar de todo, tiene planes para el futuro: piensa, en efecto, que su capital producirá hasta entonces considerables intereses, y se propone «abrir una fonda» en alguna parte. Naturalmente, aquí no. Su condición de prometida de Götten no se decidirá en esferas superiores, sino en las más altas. Se han formulado peticiones en este sentido, que siguen su larga andadura burocrática. Por cierto, los contactos telefónicos que mantuvo Götten desde la villa de Sträubleder fueron exclusivamente con miembros de la Bundeswehr o con las esposas de éstos: oficiales y esposas de oficiales. Se espera un escándalo de mediana importancia.

Mientras Katharina contempla su futuro casi con tranquilidad, sin más limitaciones que su actual privación de libertad, Else Woltersheim se encuentra sumida en una amargura cada vez mayor. La difamación de que han sido objeto su madre y su difunto padre, considerado como víctima del estalinismo, la ha ofendido en sumo grado. En Else Woltersheim se advierte una tendencia antisocial que va en aumento, y que ni siquiera Konrad Beitz logra moderar. Como Else se ha especializado cada vez más en la preparación, realización e inspección de cenas frías, su agresividad apunta concretamente hacia los invitados de los *parties*: periodistas extranjeros o del país, industriales, funcionarios de los sindicatos, banqueros o altos ejecutivos.

—A veces —confesó hace poco a Blorna— he de esforzarme para no echar a alguno de esos tipos una fuente de ensaladilla encima de su frac, o para no meter unos canapés de salmón en el escote de una de esas pavisosas, a ver si al fin aprendían a horrorizarse. Hay que imaginarlo desde el otro lado, desde nuestro punto de vista: cómo están todos allí, con la boca abierta, y cómo se lanzan primero, naturalmente, sobre los canapés de caviar —y allí se reúnen millonarios y esposas de millonarios—, cómo se meten luego cigarrillos, cerillas y pasteles en los bolsillos. Pronto llevarán recipientes de plástico para robar café. Y todo eso se paga con nuestros impuestos, de una manera o de otra. Hay tipos que se ahorran el desayuno o el almuerzo y caen sobre el *buffet* frío como buitres, con perdón de los buitres.

Hasta este momento se sabe de una violencia física que, desgraciadamente, ha tenido mucho eco en la sociedad. Con motivo de inaugurarse una exposición del pintor Frederick Le Boche, cuyo mecenas se considera que es Blorna, éste se encontró por vez primera personalmente con Sträubleder después de los acontecimientos narrados. Cuando Sträubleder se le acercó radiante, el abogado se negó a estrecharle la mano que le tendía. Sin embargo, él cogió la de Blorna y le susurró al oído:

—¡Dios mío, no te lo tomes tan en serio! No os abandonaremos... Lo malo es que tú sí te abandonas.

Para ser sinceros, debemos dejar constancia de que, en aquel momento, Blorna propinó una bofetada a Sträubleder. Comentario breve para ser olvidado con rapidez: manó sangre de la nariz de Sträubleder, según apreciaciones particulares: de cuatro a siete gotas. Pero lo peor fue que el agredido retrocedió y exclamó:

—¡Te perdono, te lo perdono todo, en vista de tu estado emocional!

De esta manera, y puesto que el comentario pareció irritar sumamente a Blorna, se llegó a una situación que testigos oculares calificaron de «lucha a brazo partido» y, lo que son las cosas, cuando personas como Sträubleder y Blorna se muestran en público, nunca falta el fotógrafo del PERIÓDICO, un tal Kottensehl, sucesor del malogrado Schönner. Así que tal vez no se pueda reprochar al PERIÓDICO —cuyo carácter ya conocemos— la publicación de una foto de la riña y el siguiente pie: «Político conservador agredido por un abogado de izquierdas». Esto, claro está, al día siguiente. Durante la exposición riñeron también Maud Sträubleder y Trude Blorna. La primera le dijo a la segunda:

—Querida Trude, ¡cuánto te compadezco!

Trude B. contestó a Maud S.:

—Devuelve tu compasión a la nevera donde guardas todos tus sentimientos.

Entonces, Maud le ofreció de nuevo su perdón, clemencia, compasión y casi amor, con estas palabras:

—Nada, absolutamente nada, ni siquiera tus comentarios destructivos, pueden disminuir mi simpatía.

Y Trude B. respondió con expresiones que no nos atrevemos a repetir aquí, y de las cuales sólo podemos dar algún referencia. Tales expresiones de Trude B. se referían a los numerosos intentos de acercamiento a ella de Sträubleder, entre otras cosas —violando la discreción profesional a la que también está sujeta la esposa de un abogado—, aludí al anillo, las cartas y la llave que «dejó en cierto piso tu pretendiente siempre rechazado». En aquel momento, separó a las dos señoras Frederick Le Boche, que había tenido la presencia de ánimo de empapar con sangre de Sträubleder un papel y convertirlo en *One minute piece of art* —así lo llamaba él

— con el título «Fin de una larga amistad entre dos hombres». Lo firmó y se lo regaló a Blorna, no a Sträubleder, con estas palabras:

—Lo puedes vender para mejorar un poco tu activo.

Este último suceso y las violencias descritas al principio nos permiten reconocer que el arte sigue desempeñando una función social.

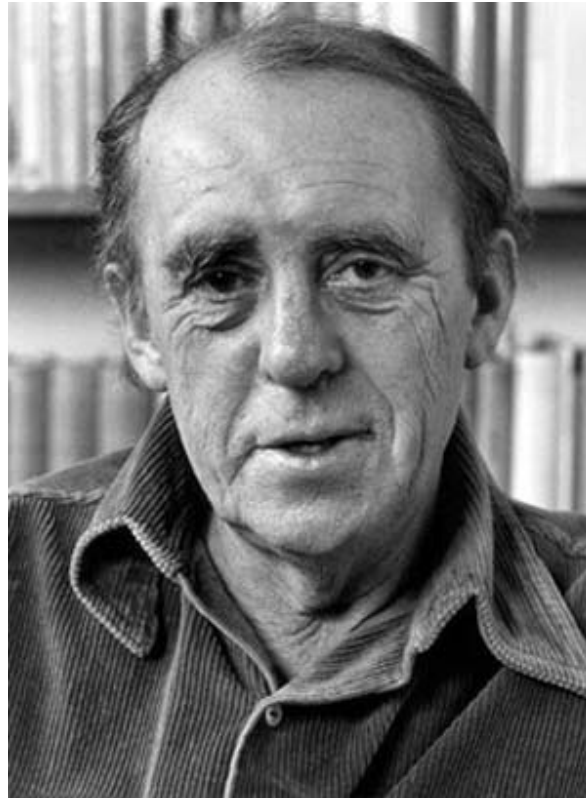
Desde luego, resulta en extremo lamentable que al final haya tan poca armonía y que existan escasas esperanzas de lograrla. El resultado no ha sido la integración, sino el enfrentamiento. Naturalmente, debería estar permitido preguntar por qué una mujer joven y con buen humor, casi alegre, que ha asistido a un baile inofensivo, cuatro días más tarde —aquí no queremos juzgar, sino tan sólo informar; nos limitamos a la notificación de los hechos— se convierte en asesina por causa, si queremos ser exactos, de unos artículos periodísticos. Entre dos hombres que han sido amigos durante muchos años, surgen acaloramientos y tensiones y acaban peleándose. Sus respectivas esposas intercambian hirientes comentarios. Compasión rechazada; incluso amor rechazado. Evolución muy desagradable. Una persona alegre y abierta, que ama la vida, los viajes y el lujo, se abandona hasta el punto de despedir olores corporales. Pone su villa en venta y acude a un prestamista. Su esposa busca otro empleo, ya que está segura de perder el pleito en segunda instancia. Incluso esta mujer de talento se dispone a volver a trabajar como «consejera de arquitectura interior», con la categoría de encargada, en una gran empresa de muebles, pero allí le hacen saber que «los círculos a los cuales suele pertenecer nuestra clientela son, justamente, los círculos con los que usted se ha enemistado, señora». En resumen: las perspectivas no son buenas. El fiscal Hach ya ha contado confidencialmente a algunos amigos lo que no se atreve a decirle al propio Blorna: que tal vez le rechacen como abogado defensor a causa de una considerable parcialidad. ¿Qué será de este asunto y cómo acabará? ¿Qué será de Blorna si ya no tiene la posibilidad de visitar a Katharina y, para qué negarlo, de estrechar sus manos? No cabe duda: él la ama, pero ella no, y él no tiene la más leve esperanza, pues todo, todo le pertenece a su «querido Ludwig». Debemos añadir que, en este caso, el «estrechar las manos» es un asunto absolutamente unilateral, pues consiste sólo en que cuando entrega documentos o comunicados a Katharina coloca sus manos sobre las suyas una fracción de segundo más de lo corriente. ¡Maldita sea! ¿Cómo puede haber armonía, si ni siquiera el enorme afecto que siente por Katharina le induce —digamos— a lavarse más a menudo? Ni siquiera le consuela el hecho de ser él quien ha averiguado el origen del arma homicida, extremo que Beizmenne, Moeding y sus ayudantes ignoran. Tal vez decir «averiguado» resultaría excesivo: se trata de una confesión voluntaria de Konrad Beitzers, que reconoce ser un antiguo nazi y cree que gracias a esta circunstancia probablemente no se han fijado en él hasta ahora. Él fue jefe político en Kuir, y en su tiempo pudo hacerle un favor a la madre de la señora Woltersheim. La pistola era un arma reglamentaria que él escondió, pero que, ocasionalmente, enseñó a Else y Katharina. Incluso en tres ocasiones fueron al bosque los tres para hacer pruebas de tiro. Katharina resultó ser una buena tiradora, y contó que ya de muy

joven trabajó como camarera en el club de tiro, donde, a veces, le dejaron probar su puntería. El sábado por la noche, Katharina pidió a Beiters la llave de su piso, argumentando que deseaba estar sola, y que su propia casa había muerto para ella... Sin embargo, el sábado acabó por quedarse con Else, o sea que debió de buscar la pistola el domingo, cuando, después del desayuno y la lectura del PERIÓDICO DEL DOMINGO, se fue disfrazada de beduina al bar de los periodistas.

Aún nos queda por relatar un extremo no demasiado agradable: Katharina explicó a Blorna cómo ocurrió el asesinato, y también le contó cómo empleó las seis horas y media o siete que mediaron entre el crimen y su llegada a casa de Moeding. Estamos en la feliz situación de poder reproducir este relato, ya que Katharina dejó todo escrito y lo puso a disposición de Blorna, con objeto de que sirviera de prueba en el proceso.

—Fui al bar de los periodistas sólo para conocerle. Quería saber qué aspecto tiene un individuo así; cómo gesticula, cómo habla, bebe y baila el hombre que ha destrozado mi vida. Sí, pasé antes por el piso de Konrad, busqué la pistola y la cargué yo misma. Él me enseñó a hacerlo un día que fuimos a practicar el tiro al bosque. Esperé en el bar una hora y media o dos, y el periodista no se presentó. Yo estaba decidida a no acudir a la entrevista si él me parecía demasiado repugnante. De haberle visto antes, no hubiera ido, pero, como he dicho, él no apareció por el bar. Para evitar las impertinencias hablé con el dueño, Peter Kraffluhn, a quien conozco por mis trabajos en recepciones, en las que él a veces se emplea como jefe de comedor, y le pedí que me dejara ayudar detrás de la barra, sirviendo bebidas. Peter, naturalmente, sabía lo que había publicado el PERIÓDICO sobre mi persona, y prometió hacerme una señal en el momento en que apareciera Tötges. Algunas veces, pues al fin y al cabo era carnaval, acepté una invitación para bailar, pero al ver que Tötges no acudía, me puse muy nerviosa, pues no deseaba encontrarme con él de improviso. A las doce me fui a casa y me encontré muy a disgusto en el piso manchado y sucio. Sólo tuve que esperar unos minutos hasta que sonó el timbre, lo suficiente para preparar la pistola y colocarla en mi monedero, a punto de disparar. Sí, entonces sonó el timbre. Cuando abrí, me lo encontré frente a frente. Yo pensé que llamaría desde abajo, lo que me daría un margen de unos minutos, pero subió en ascensor, y allí lo tenía. Me asusté. Comprendí en seguida que era un cerdo, un auténtico cerdo. Y, además, guapo, lo que se dice guapo. Usted ya lo ha visto en las fotos. Dijo: «¡Qué bonita! ¿Qué hacemos los dos ahora?». Yo no dije una palabra y retrocedí al interior de mi piso. Él me siguió. «¿Por qué me miras tan horrorizada, nena? Propongo que, en primer lugar, nos vayamos a la cama». Mientras tanto, yo había alcanzado mi monedero y él me cogió por el vestido. Pensé: «¡Tú lo has querido!», y saqué la pistola y disparé sobre él dos, tres, cuatro veces; no recuerdo exactamente. Pero esto ya lo sabrá por el informe de la policía. No crea que para mí era algo nuevo que un hombre me molestara; una sirve desde los catorce años y ya está acostumbrada a estas cosas. ¡Pero irme yo a la cama con aquel tipo! Entonces pensé: «Bien, como tú quieras». Naturalmente, él no había contado con aquello, y durante medio segundo todavía me miró asombrado, igual que en el cine cuando le

disparan a alguien repentinamente. Luego se cayó, y creo que ya estaba muerto. Tiré la pistola a su lado y salí del piso. Bajé en el ascensor y volví al bar. Peter se asombró, pues apenas estuve media hora ausente. Seguí trabajando en la barra, pero ya no bailé, y durante todo el tiempo pensaba: «Seguramente no es verdad». Pero yo sabía que era verdad. Peter se me acercaba de vez en cuando y decía: «Parece que no viene hoy tu compañero...». Y yo respondía: «Así es». Fingí indiferencia. Hasta las cuatro serví aguardiente, cervezas, champaña y arenques en vinagre. Después, me marché sin despedirme de Peter. Primero me metí en una iglesia, allí, al lado, y me senté durante media hora. Pensé en mi madre, en la maldita y miserable vida que llevó; y también en mi padre, que siempre, siempre, siempre, se quejaba, hablaba mal del Estado, de la Iglesia, de las autoridades, de los funcionarios, de los oficiales y de todo, pero si tenía contactos con alguno de sus representantes se arrastraba y casi aullaba de tanta sumisión. Y en mi marido, Brettloh, en la porquería que había contado a Tötges. También en mi hermano, naturalmente, que desde siempre persiguió el dinero que yo ganaba y se lo gastaba en tonterías, como trajes o motos, o lo perdía en el juego. Naturalmente, también pensé en el párroco, que, en el colegio, siempre me llamó «nuestra pequeña y rojiza Katharina». Yo no sabía qué pretendía decir con ello, y toda la clase se reía porque entonces realmente me sonrojaba. Sí. Y, claro está, pensé también en Ludwig. Después salí de la iglesia y entré en el primer cine que encontré, y otra vez salí del cine y fui a otra iglesia, porque en aquel domingo de carnaval era el único sitio donde hallar un poco de tranquilidad. Naturalmente, también pensé en el muerto que estaba en mi piso. Sin arrepentirme, sin lamentarlo. Él lo quiso así, ¿no es verdad? Y, por un momento, imaginé que era el tipo que me había llamado por la noche y que también estuvo molestando constantemente a Else. Me pareció que tenía la misma voz, y quise dejarle hablar un poco más para asegurarme, me apeteció tomar un café fuerte y me dirigí al café Beking, pero no al bar sino a la cocina, porque conozco a Kathe Beking, la mujer del propietario de la escuela de hogar. Kathe fue muy gentil conmigo, a pesar de tener mucho trabajo. Me dio una taza de su propio café, que todavía prepara a la manera de nuestras abuelas, echando el agua hirviendo sobre el café molido. Luego, empezó a hablar con amabilidad, del asunto del PERIÓDICO, pero, a la vez, en un tono que daba a entender que, por lo menos, creía de veras algo de lo publicado. ¿Cómo puede saber la gente que todo eso es mentira? Intenté explicárselo, pero ella no lo entendió; se limitó a guiñarme un ojo y a decir: «O sea que realmente amas a ese tipo». Y yo lo admití. Luego, le di las gracias por el café y busqué un taxi, que me llevó a casa de ese Moeding, que el otro día se mostró tan amable conmigo.



HEINRICH BÖLL. Nacido en Colonia en 1917, hijo de una familia de artesanos. Heinrich Böll trabajó como librero al finalizar sus estudios de segunda enseñanza (1937). Llamado a filas, luchó como soldado raso en diversos frentes durante la Segunda Guerra Mundial. Finalizada la contienda, se instaló de nuevo en su ciudad natal, donde empezó a publicar sus primeros relatos, que tienen por marco la etapa bélica o la inmediata postguerra: *Viajero si vas a Spa...*, *El tren llegó puntual*, *¿Dónde estabas, Adán?*. Posteriormente configuró en títulos como *Casa sin amo* (1954), *Billar a las nueve y media* (1959), *La aventura y otros relatos* (1962), *Opiniones de un payaso* (1963), *Retrato de grupo con señora* (1971) y *El legado/La herida* (1982) una de las obras más coherentes de la narrativa europea de posguerra, cuyas raíces se encuentran en la novela inicial, pero de aparición póstuma, *El ángel callaba* (1992).

Escritor católico, su credo no le ha impedido sostener un progresismo a ultranza, que le ha llevado a criticar a la Iglesia y los aspectos más controvertidos de nuestra sociedad, y muy especialmente a defender a los marginados y a las víctimas del sistema imperante: todo ello a través de un lenguaje sencillo, lúcido, irónico y moralizante. Por su actitud y combatividad se le ha comparado con el soviético Aleksandr Solzhenitsin.

En 1972 obtuvo el premio Nobel de literatura.

Notas

[1] Se hace referencia aquí a un cuento alemán cuyo desarrollo recuerda el mito de Hero y Leandro. Un príncipe atravesaba cada noche a nado un río para visitar a su amada, la cual encendía una vela con objeto de guiarle en la travesía. Una monja apagó la vela, y el príncipe, extraviado en la oscuridad, pereció ahogado. (N. del T.)

<<